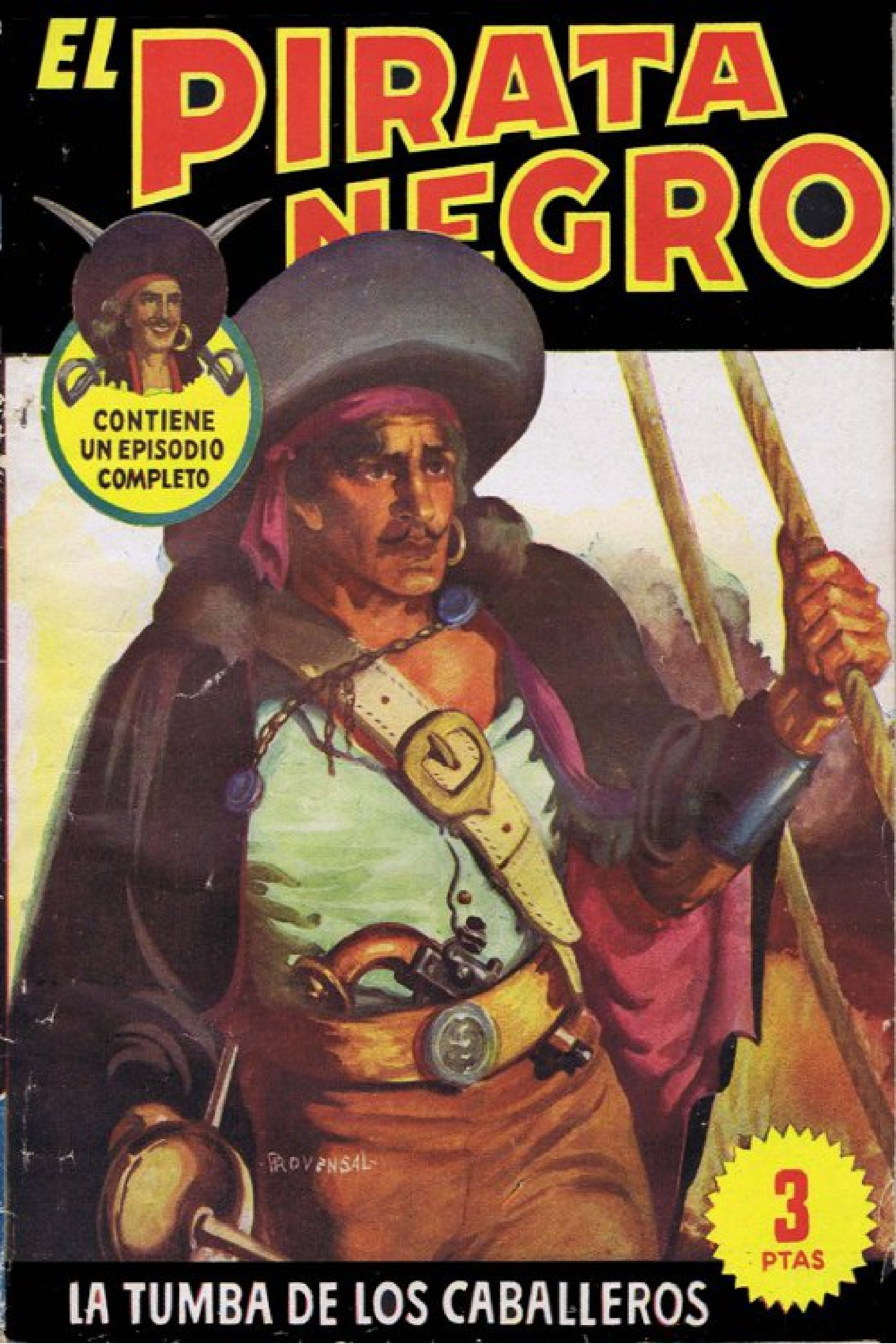
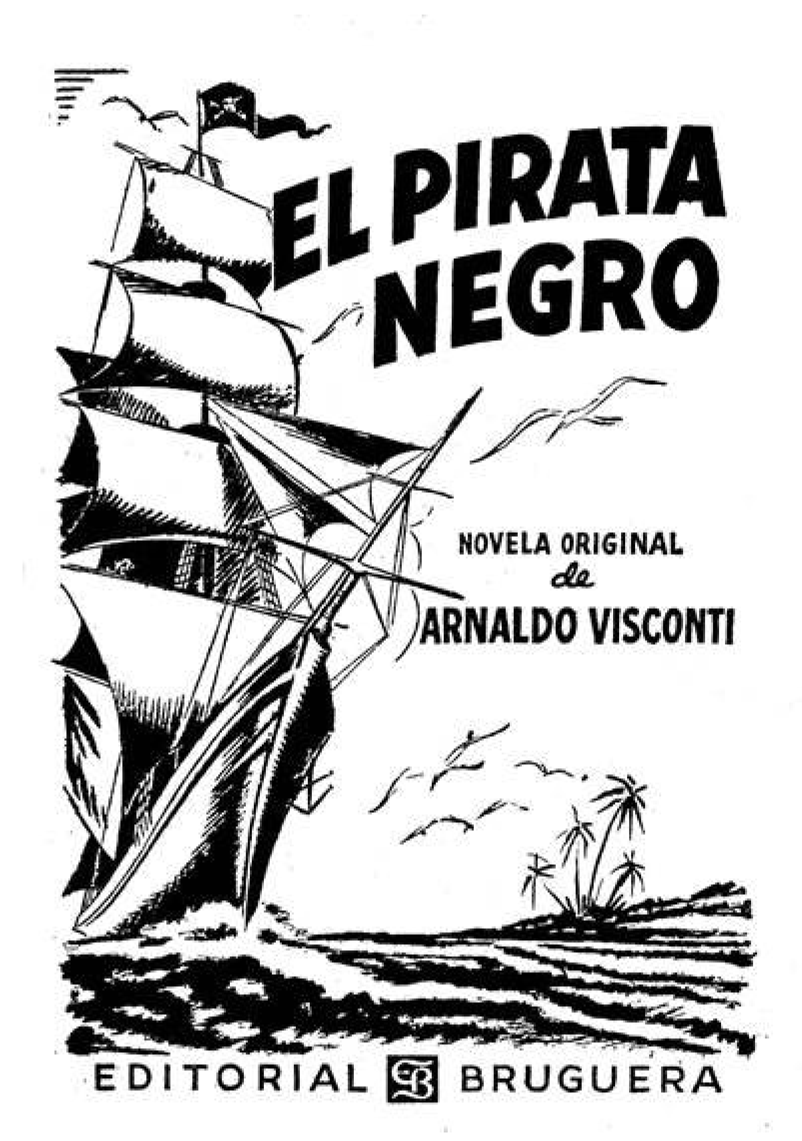

EL PIRATA NEGRO
CONTIENE
UN EPISODIO
COMPLETO
PROVENSAL
3
PTAS
LA TUMBA DE LOS CABALLEROS


EL PIRATA NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

La tumba de los caballeros

Colección El Pirata Negro n.° 19

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA


La TUMBA de los CABALLEROS

CAPÍTULO PRIMERO

Los bribones honrados

En la bahía del Tritón, al extremo septentrional de la Isla de las Tortugas, dos naves ancladas junte a la playa ofrecían entre sí una diferencia notable en estructura y velamen.

La mayor y más lujosa era un galeón dé recia estampa sólida y severa elegancia, que ostentaba, bajo la linterna forjada en bronce que colgaba de la proa, una palabra de dorados fulgores: “Invict”.

La otra nave era un velero de esbelta línea maniobrera y afilada proa cortante, donde se destacaba el nombre: “Aquilón”.

Separadas entre sí por escasos metros, mantenían contacto con la playa por mediación de unas largas pasarelas constituidas por maderos ensamblados conjuntamente, con gruesas sogas.

Frente a un gran barracón toscamente construido se alineaban en tres filas unos desarrapados sujetos que en conjunto no llegaban al centenar.

En aquella formación de hombres, vestidos cada uno diferentemente y armados con heterogénea mezcla de cuchillos, machetes, pistolas y rompecabezas, había también una visible diferenciación.

Las tres filas no tenían una continuidad, sino que por el centro formaban un espacio abierto, distanciándose en dos grupos. Uno de los grupos estaba encabezado por un corpulento individuo de rostro surcado de cicatrices mal cosidas que conferían a su semblante un pavoroso aspecto.

El otro grupo estaba acaudillado por un sujeto alto, de ancho tórax atlético y largas piernas esqueléticas.

Y en la fachada del barracón que daba frente a los dos grupos inmóviles en la playa dos hombres conversaban entre sí.

Uno de ellos vestía elegantísimas ropas de mosquetero, y su rostro plasmaba todas las características de un temperamento audaz y bienhumorado. En los negros cabellos resaltaban estrías canosas. Pero sus ojos eran de un negro intenso y juvenil, y sombreaba su labio superior un fino bigote negro. A la usanza de los maricos de entonces, horadaban los lóbulos de sus orejas dos aretes de oro.

El otro vestía casaca de rígido paño pardo, donde se desbordaba el coleto de encajes. Era ancho de hombros y esbelto de piernas. Tres detalles sobresalían a primera vista: la carencia de antebrazo izquierdo, el cabello rojo cubierto por elegante tricornio negro y la ancha boca que sonreía ampliamente en el rostro irregular pero de simpática truhanería.

—A ti te toca hablarles, señor— decía el pelirrojo manco—. Nuestro jefe eres, aunque haya dos barcos y dos tripulaciones.

—Mejor le cuadraría el discurso a hombre que como tú cursó letras en Salamanca y Alcalá, mi señor Diego Lucientes.

—Observa, señor Lezama, que esos bribones desconocen las arideces que estudié. Son piratas que oirán con agrado la voz del hombre que ha cursado el estudio más difícil de la aventura caballerosa.

—Tregua de cumplidos—y el Pirata Negro, avanzando varios pasos, adoptó su característica postura favorita. Colocó los dos puños en sus caderas, y, alzando el mentón voluntarioso, destacóse su perfil aquilino.

—Os voy a hablar de muy distintas cosas, mis valientes. Habrá un poco de todo en mi charla, y aquel que, cuando yo haya terminado, no acepte mis nuevas órdenes, tiene el camino expedito para marcharse libremente Porque nunca a mi palabra he faltado, y mi palabra le doy de que prefiera que se marche valerosamente, a hombre entero, a que quede y tenga yo que colgarlo de mi barco.

El exordio produjo en las tres filas de oyentes un redoblamiento de atención.

—Primero, y sin poderlo remediar, os tendré qué hablar de leyes sazonadas de un poco de historia. Bien cierto estoy de que arrugáis las narices por la repugnancia que os inspira la palabra “ley”, repugnancia que comparto con vosotros, y también os escama la palabra “historia”, porque, si bien no sabéis lo que es, os parece cosa de cuentos de viejos chochos y pendolistas corcovados. Hasta

hoy, del primero al último de nosotros hemos sido bribones: alegres bribones, si queréis, pero, al fin y al cabo, hombres de andar bamboleante. Nos inclinamos de un lado para otro, no ya porque seamos hombres de mar, sino también porque nuestros pies presienten su fin en un bailoteo de horca. Y ha llegado el momento de variar de profesión. ¿Por escrúpulos? No: porque ignoráis de qué se trata. ¿Por cobardía? No: porqué también ignoráis de qué se trata. Vamos a abandonar la profesión pirata, porque somos gente endiabladamente lista que ha comprendido que en los albores del .siglo XVIII persistir en la piratería es demostrar poca oportunidad y muchos deseos de morir sin provecho.

Todos escuchaban con gran recogimiento las palabras del hombre que, famoso y legendario por su bravura sin límites, sabía a la vez “enjaretar" palabras con tanta fluidez.

—Escuchad primero las razones históricas que nos impulsan a todos nosotros a variar de profesión. Somos muy listos, mis valientes, y hemos sabido, del primero al último, observar cierto fenómeno que no está en la atmosfera, pero sí en el ambiente. Aunque todos, como hombres estudiosos y observadores que, sois, ya os habéis dado cuenta de ello, no obstante os lo repetiré. En el mundo se han verificado dos cambios que han alterado el carácter de la piratería. Hablo del mundo marítimo. El primer cambio ha sido un aumento enorme de vigilancia en aguas surcadas por los buques mercantes, lo cual obliga a los piratas a apartarse de ellas, con lo que vegetan pobremente rapiñando por tierras inhóspitas. Pero nosotros somos hombres de mar, y en el mar queremos seguir. ¿Estáis do acuerdo conmigo?

“Cien Chirlos”, el pirata que acaudillaba un grupo, y “Piernas Largas”, el otro segundo, dieron la señal de aprobación incondicional, lanzando al aire sus gorros, gesto imitado por todos los demás.

Carlos Lezama volvióse hacia Diego Lucientes, sonriendo ambos.

—No entienden una palabra, pero están de acuerdo conmigo.

—No entienden más que una cosa: que tienen en ti ciega confianza, señor Lezama.

El Pirata Negro volvióse de nuevo para encararse con los piratas.

—El segundo cambio, el más importante, el que me impulsa a aconsejaros y reconocer que tenéis gran olfato al querer dejar de ser

piratas, estriba en las nuevas relaciones entre la inglesa tierra europea de la Gran Bretaña y sus colonias norteamericanas. Perdonadme si os confieso el atroz delito de que me gusta leer esas moscas inmóviles que se posan, negras y ordenadas, en papel blanco. Y el leído que el Parlamento ha votado hace dos años el “Acta de Navegación”, cuyo fin es excluir comercio con las colonias a todas las demás naciones. Restricción inhábil, dictada por un afán de lucro, porque esta ley sólo beneficia a la metrópoli, y, por tanto, es odiada por las colonias. Veamos si lo entendemos con más facilidad. Los colonos norteamericanos necesitan cosas que sólo pueden mandarles desde Europa o desde Oriente, pero el “Acta de Navegación” prohíbe las importaciones de Oriente a Nueva Inglaterra, salvo por vía Inglaterra, es decir, aumentando su coste enormemente.

El Pirata Negro rió con alegre carcajada burlona. Volvióse de nuevo hacia Diego Lucientes.

—Si les hablase el Gran Mogol en su dialecto familiar, no pondrían mayor cara de extrañeza. Trataré de hacerme comprender. Por última vez emplearé mi estilo pirata.

—Gran placer hallaré en ello, señor Lesama. Porque hasta ahora creía estar escuchando a mi dómine de Cuestiones Políticas.

El Pirata Negro encaróse con las tres filas de bandidos.

—¡Hatajo de borricos! ¿Es que en vuestra«seseras hay niebla? Os he hablado de cosas altamente instructivas, y abrís la boca como asnos bostezantes. ¡Un paso al frente, guapetón!

“Cien Chirlos” dio un paso hacia adelante sin vacilación. El era “carota fea” para el andaluz de las largas piernas, pero era el “guapetón” para “él”, su jefe, su semidiós...

—Oyeme, guapetón. Tú eres el bruto más bruto de mis brutos, y por eso te tengo en gran aprecio. Demuéstrales a esos bergantes torpes que tú posees un gran talento. Escucha con atención. Yo soy Nueva Inglaterra, esa tierra que está rumbo occidental, poblada por colonos de rubias cabelleras. Tú eres Gran, Bretaña, la tierra de Europa, donde hay brumas y rigidez legal. Ahorcan a quien tosa si la ley no admite que se tosa. Tú me has prohibido que yo compre mercancías si no vienen de tus almacenes. Y he aquí que se te aparecen dos barcos, cargaditos de buenas cosas que te hacen falta, y da la casualidad que te las ofrecen a un precio casi la mitad del

que yo te ofrezco. ¿A quién le comprarás, Nueva Inglaterra? ¿A mí porque soy tu dueño, o a los barcos que te dan más barato lo que necesitas?

—Por mi bolsillo compraré a los de los barcos. Pero por disciplina y porque tú eres tú, te compraré a ti, señor.

—¡Zopenco! Yo no soy yo ahora. Soy Gran Bretaña, y quiero obligarte a que compres Caro.

—Pues, ¡mal rayo me parta! A mí no me obligas, Gran Bretaña, a que yo malgaste mi bolsa. ¡Vengan barcos con mercancías baratas!

—¿Habéis oído la voz de la sensatez, mis valientes? Lo que ha dicho “Cien Chirlos” es lo que dicen los colonos. Y ahora lo entenderéis ya de una vez para todas. Al no tener que dar el rodeo y tocar en Gran Bretaña, nosotros mercaremos útiles y ropas en Oriente y los venderemos en Nueva Inglaterra. Seremos mercaderes y ganaremos dinero sin riesgo. No desmantelaremos nuestros barcos, y la artillería quedará porque en el mar podemos tener encuentros con otros piratas que nos deseen quitar lo nuestro. Les demostraremos que no hay tal, y que los palominos son ellos.

Esa expresión mereció otro volteo ele gorros.

—Y ahora abordemos de frente la cuestión espinosa. ¿Para qué creéis que el señor Diego Lucientes luce sus mejores ropas? ¿Para qué suponéis que yo he abandonado mis arreos piratas y reluzco como un sol de limpieza?. No es para presumir de guapos ante vosotros. Es un símbolo, bellacos. Significa que ha quedado atrás nuestra antigua vida de piratas. Entre vosotros hay quizá algún abyecto asesino. Quiero ignorarlo. Lo que sí os juro, es que el primero de vosotros que robe o se comporte como un pirata vulgar, recibirá de mi mano la muerte. Empezaréis por imitarnos. Fuera los cabellos que sobren en vuestras pelambreras. Jabón de brea por vuestros apestosos cuerpos, y vestiréis todos camisa blanca y calza azul, como honrados marinos. Por arma sólo llevaréis el cuchillo para pinchar los tasajos que coméis. A bordo está el arsenal y allí dormirán en paz las armas basta que tengamos que necesitarlas contra piratas que nos quieran molestar. Os fijaré al día una paga. Viviréis honradamente. Quiero que todos nosotros seamos de ahora en adelante una bandada de alegres y honrados bribones. Aquel que no acoja mi declaración con absoluto acatamiento, ahí tiene el sendero que le conducirá lejos de aquí. Tiene mi palabra de que es

hombre libre, porque repito que prefiero un hombre valiente a un hipócrita traidor, ¿Nadie se mueve? Pensadlo bien, hombres que me escucháis. Os ofrezco la vida tranquila del marino mercante en una mano; en la otra está la puñalada con la que cercenaré la cabeza que no acate la nueva disciplina de honradez.

Aguardó unos instantes el Pirata Negro. Nadie se movió.

—Avisados quedáis. Y como simbolismo final, os advierto que nuestras enseñas cambian también. Queda arriado el pabellón del aguilucho, y el "Aquilón" pierde su nombre; por que lucirá de ahora en adelante la palabra "Redención". Es una palabra bonita y embellecerá mi proa, que abre nuevos surcos. Cedo ahora la palabra a vuestro otro jefe, el Señor Diego Lucientes.

El madrileño echóse hacia atrás el tricornio, rascándose el nacimiento de la cabellera rojiza con su única mano.

—Como vosotros yo soy otro subordinado a nuestro jefe el señór Carlos Lezama— empezó diciendo—. Y, por tanto, en vez de hablaros a vosotros, pienso hablar como si vosotros fuerais los que contestaseis a las palabras de nuestro jefe. Estamos todos de acuerdo en que ganar dinero tranquilamente es, cosa que nos gusta. Sabemos también que nuestro jefe, por ser hombre que mucho ha vivido y sufrido, conoce la virtud de la tolerancia. No quiere convertirnos en legos ensotanados y tonsurados. Nos dejara beber, jugar el naipe y rondar faldas porque las tres cosas de hombres son.

"Piernas Largas" dió la señal de aprobación, lanzando de nuevo su sucio gorro al aire. La última frase le había llegado al alma...

—Nuestro jefe ha aludido a la "redención". Decía un dómine mío, que no hay hombre más honrado que el bribón arrepentido. Vamos a demostrarlo, porque de bribones tenemos mucho. He sido nombrado capitán del "Invict", y me dirijo ahora a los hombres de mi tripulación acaudillados por e1 andaluz chiclanero que responde al eufónico nombre de Curro Montoya, apodado "Piernas Largas", mi eficaz segundo. Al de vosotros que no sepa beber sin reñir y buscar camorra, lo tiraré al agua después de hincarle mi espada en la pechuga. Al de vosotros que no sepa jugar el naipe sin conformarse con su suerte, y buscar querella, le arrojaré al agua con idéntico proceder. Y al de vosotros que no sepa rondar faldas sin respetar la libre voluntad femenina de rechazarnos, o que insulte a la que, por ser mujer, merece todos nuestros respetos y no quiere

que se lo, perdamos, le reservo otro final más jugoso. Le haré azotar hasta que con su piel pueda yo hacer encaje de bolillos, y como yo no sé hacerlo, lo haré colgar por el gaznate hasta que dé el último pataleo. Y creo que tan sólo me queda una última cosa por decir. El “Invict” substituirá sus letras por la palabra “Gaby". Razones: la primera, porqué me da la gana; la segunda, porque me gusta, y la tercera, porque así me apetece. ¿Estamos todos de acuerdo? ¡Un viva para nuestro jefe y nuestra nueva vida.

Cuando se extinguió el eco del vítor, Carlos Lezama señaló los dos barcos a los reunidos.

—Id ahora a bordo. Limpieza general y cambio de pancartas. Revisaré dentro de una hora.¡A bordo!

Solos ya en la playa, Diego Lucientes pellizcóse la nariz.

—Hemos callado lo principal, señor. Tú no has hablado de que deseas nueva vida porque hay en tu, sala capitana una maravilla de esposa a la que quieres.

—Los sentimentalismos sólo sabemos comprenderlos los sentimentales, “Medio Brazo”. Y oye, bachiller, tampoco tú has dado la cuarta razón, que es la primera, por la que has llamado “Gaby” a tu barco.

—Verás, señor. Yo no soy un nodrizón, ni me tira la criatura, pero la pequeñilla tiene cosas graciosas. Figúrate que me coge el dedo y aprieta, aprieta como una condenada. Y sonríe cuando la beso. Y si la vieras tomar su alimento, te haría gracia. Figúrate que arruga el hociquito y...

—Comprenderás, bachiller, que no voy a estar aquí al sol aguantando tus explicaciones de si Gaby ha heredado tu gracioso madrileñismo o no — dijo el Pirata Negro con ironía afectuosa—. Pasemos a hablar de las prosaicas realidades de nuestra nueva empresa. El itinerario que nos trazaremos será entre las españolas posesiones para mercar y Boston para vender. Tu galeón “Gaby” ’ cargará, y mi velero “Redención” protegerá tu singladura. Te recomiendo...

Por espacio de una hora ambos jefes discutieron todas las variantes y posibilidades.

En las dos cubiertas ambos lugartenientes vigilaban la limpieza general, y de vez en cuando “Cien Chirlos” sumergía sin contemplaciones el rostro que le parecía mal lavado en un cubo

relleno de agua jabonosa. Frotaba él mismo con un estropajo, y aunque el así tratado se secaba con ciertos síntomas de asfixia, la limpieza continuaba sin incidentes.

Carlos Lezama pasó revista y declaró su conformidad. Al caer la tarde ambos barcos zarpaban, abandonando la isla pirata...

Iba en cabeza el velero ostentando su nueva enseña: "Redención", y en sesgo, distante una milla, el galeón abría majestuosamente un penacho amplio de espumosos abanicos con su proa achatada...

En cubierta del puente de mando, Diego Lucientes oía complacido el rasgueo de la guitarra de su lugarteniente, que, sentado simiescamente entre las cuerdas de una escala vertical, canturreaba con buen estilo:

"¡Qué fría estaba tu reja
cuando yo te fui a rondar!...
Y, al llorarte yo mi queja,
la suegra me mandó a pasear..."

El aire era fresco y sus salobres emanaciones tenían para Diego Lucientes un nuevo aroma.

—Huele a felicidad—murmuró, soñador...

La voz del chiclanero desgranó otra copla:

"En cuantito los ojitos
se apaguen de tu mamá,
sin suegra ya, mi Rosarito,
prendo en tu pecho el "azahá"..."

—¡Maldito poeta ripioso!...—gruñó riendo Lucientes—. ¿De dónde sacas esas coplejas?

—Las cantaba el tonto de mi pueblo, señor. Y todos las repetíamos.

—Así estamos. Oye, andaluz: está el crepúsculo al caer. ¿Ya... pues... ordeñaste la cabra, maldita sea?

Curro Montoya sonrió, exhibiendo sus renegridos dientes que alargaban aun más su cara caballuna. Dirigióse, tras saltar ágilmente, a un cobertizo donde balaba una cabra montés, que al verle coeneó agitada.

—¡So, "Blanquilla!—la apaciguó el andaluz—. ¡Digo! ¡Ni na, ni na, ni na! ¿No té doy rica sal y jugosa hierba? Venga, pues, tu leche, y neme protestes, o te pego un testarazo.

Instantes después, Diego Lucientes fingió no ver como el andaluz iba hacia la sala capitana llevando un frasco lleno de blanco líquido y que a modo de corcho llevaba un dedo recortado de un guante.

—¡¡Ridículo!—mascullló el madrileño—. Ahora estará dándole el chupete a la pequeñuela..., y estoy seguro que le dirá cositas tontas de esas cariñosas..., impropias de un hombre.

Y más él, que es un bandido completo. Como si le oyera.—Y Lucientes remedó la parla ceceante del de Chiclana: —“Linda, linda ella... Tómese toda la lechecita...”. ¡Maldita sea con el crío! Tendré que leerle la cartilla a ese andaluz y recordarle que no somos tontos de pueblo, sino marinos. ¡Tú, timonel! Sigue la estela del “Redención” y da una voz si hay novedad.

En el camarote principal, “Piernas Largas”, inclinado sobre una mesa encima de la que un fardo de blancas ropitas y carnes sonrosadas se debatía, golosamente agarrada con ansiedad al frasco que rezumaba leche caliente recién ordeñada, murmuraba frases incoherentes:

—...pequeñina ella la chipirritina... No tan de prisa, mi señora... Os vais a empachar, ricura...

—Si te callas, no se empachará, andaluz— dijo hoscamente Lucientes—. Dale el frasco, pero cierra tú el gollete de tu boca. ¡Tanta bobada!

Acercóse a su hija y la miró beber. Su diestra, tanteó en el aire, vacilante. Al fin rozó el fino vello que cubría la cabecita...

—Tú que pareces entender de rorros: ¿es que ese crío me ha nacido calvo?

—Tienes que esperar, señor. A medida que crezca, pues también le crecerán las greñas.

—¿Greñas? ¡Maldito seas! ¡Dirás cabellos! Oye: ¿no te parece que tiene la boca muy grande?

—Tampoco la tuya es de piñón, señor...

—Es verdad — reconoció Lucientes, halagado.

La pequeña, ya saciada, apartó el rostro cerrando los ojos. Diego Lucientes tanteó con su índice la parte media del cuerpecito.

—Si. Parece que tiene ya la barriguita llena.

Inesperadamente, las dos manecitas se cerraron alrededor del índice de Lucientes. Éste sintió de nuevo la extraña impresión que ponía un incomprensible calor en sus venas. Miró el rostro diminuto

y vió en los labios una tenue sonrisa satisfecha.

—Fíjate, andaluz. Sonríe... ¿Me conocerá ya? Linda, linda ella, la chiquitina chipirritina... ¡Repámpanos! ¡Lárgate, “Piernas Largas!.. Haces falta en el puente.

Marchóse el chiclanero, riendo disimuladamente. Al quedarse solo, Lucientes intentó apartar su índice preso, pero no lo consiguió.

—Te odio, pequeña, porque mataste a tu madre al nacer—bisbiseó. Y de pronto se inclinó, apoyando la frente contra el tibio rostro. —Y... te empiezo a querer porque... eres pequeña, inocente... y eres mi hija.

* * *

Carlos Lezama cedió el puesto de mando a su lugarteniente, y, tras indicarle el rumbo a seguir, descendió a la sala capitana.

Karmi, la zíngara, maravillosamente bella en su alegría de haber recuperado al hombre que quería, avanzó a su encuentro. Abrazáronse ambos.

—¿Oyes el susurro de las olas, Karmi? Nos hablan de calma y quietud en nuestras almas. Y si vieras la luna reflejar en las aguas la plata de mi proa, leerías cabalgando las olas la palabra “redención”. Por ti, por nuestro hogar flotante, ha muerto el Pirata Negro, y queda tan sólo Carlos Lezama, el orgulloso marino que posee a bordo al mayor de los tesoros: tú.

CAPÍTULO II

Huyendo de la tormenta

Los días transcurrieron, empujándose los meses sin advertir su. carrera, que sumaba dos años desde que las dos naves partieron de la bahía del Tritón.

Alboreaba el año de gracia de 1706, y el "Redención”, navegando ante el “Gaby”, mojaba su proa en aguas cercanas a Nuera Inglaterra.

Dos años de continuo navegar fructífero y pacífico, en que, con prudente sagacidad de jefe avezado, Carlos Lezama rehuía las rutas peligrosas, y tan sólo una vez había tenido que entablar combate contra un barco pirata, al que, secundado por la eficaz artillería del “Gaby”, había hundido prontamente.

En el puerto de Boston las dos naves eran ya conocidas por la regular periodicidad con la que aportaban géneros bien seleccionados y en condiciones monetarias inmejorables.

Un suceso había aumentado la prudencia del capitán mercante Carlos Lezama. En octubre del año 1705, “Cien Chirlos” repartió, acompañándola de recios empujones una consigna: “Silencio a bordo”.

Karmi dió a luz un varón..., y el mismo “Cien Chirlos” reconoció que era muy natural que la, disciplina se relajase y toda la tripulación bebiera hasta rodar bajo las mesas.

Carlos Lezama sonrió emocionado cuando vió el soberbio ademán orgulloso con el que Karmi, desde el lecho, tendió el gimiente recién nacido.

La única inquietud de Lezama en su horizonte de felicidad era que a su vástago le ocurriera algún percance. Pero Karmi, más que una madre, semejaba una leona protegiendo su cachorro.

Y Carlos de Ferblanc y Heredia iba creciendo robusto y exigente en sus demandas de juego y alimento.

Por aquella mañana de febrero del año 1706, recordó Lezama que Gabrielle Lucientes de Civry cumplía el tercer aniversario de su nacimiento en el castillo de Kerdal[1].

Y, dejando el mando del velero a “Cien Chirlos”, entró en la lancha capitana con su esposa y su hijo. Poco después abordaban el galeón, y de nuevo los dos barcos pusiéronse en marcha.

Diego Lucientes estaba en el momento que llamaba “jugar a muñecas”. Avanzó al encuentro de sus visitantes llevando hábilmente con su medio brazo a su hija, convertida ya en una imagen gordezuela de ojos azules y rubios cabellos de cobrizas tonalidades.

—A por un almuerzo de honor venimos, señor Lucientes. En honor tuyo, Gaby—y el ex Pirata Negro besó la mejilla de la niña— ¿Sabes qué gran suceso ocurre hoy, muñeca?

Gabrielle Lucientes demostró que poseía una boca algo grande, pero adornada con dos encantadores hoyuelos, al sonreír picarescamente, no por impulso intencionado, sino por herencia paterna.

—Padre me ha dicho que soy ya una mujer de tres años. Y también me ha dicho que voy a… a traer de coronilla a todos los “garlanes”.

—¡Qué talento tiene! — reconoció Lucientes, admirado—. Sólo se ha equivocado en lo de “garlanes”, porque le ha añadido una “r”, pero eso demuestra que es generosa. ¿Y don Carlitos, señor Lezama? ¿Todavía no lee?

—Aguardaremos a que hable, ¿no te parece?—sugirió Karmi—. Y te dejaré que hagas de él un sabihondo como la retrechera de tu hija.

Fue un almuerzo en que imperó la plena felicidad de dos hombres que tenían algo por quien vivir, algo por quien luchar…

Terminada la comida, y versando la conversación, como siempre, sobre los respectivos talentos de ambas criaturas, oyóse de pronto una explosión.

Carlos Lezama y Diego Lucientes pusiéronse en pie simultáneamente, y Karmi quedó en el comedor sosteniendo en sus brazos a las dos criaturas.

En cubierta vieron los dos hombres un bergantín poderoso, de numerosa Tripulación y artillería propia de fortaleza flotante. En lo alto del mástil raleaba el pabellón inglés, cruzado con la insigna del Almirantazgo.

El bergantín acudía a toda vela... "Piernas Largas" explicó:

—Dispararon de pronto, pero a conciencia de no dar.

Señal de que desean que nos detengamos—dijo, contrariado, Lezama.

Haz ondear el banderín, andaluz, para que "Cien Chirlos" arríe velas.

Las dos naves amenguaron su marcha, y pronto estuvieron al pairo.

Es el bergantín "Bridman", de la "Compañía Inglesa de las Indias Orientales"—aclaró Lezama—. Persigue a los piratas..., pero también.a mercaderes que violan como nosotros el "Acta de Navegación".

—¡Repámpanos! ¿Por qué no le dimos brea?

—La ley inglesa tiene severidad, pero también tiene aspectos insospechados, que son los que pienso invocar. Aguardaremos los acontecimientos. Para pelear, siempre estamos a tiempo.

El bergantín vino a detenerse entre las dos naves, y una lancha ocupada por veinte marinos británicos se acercó al costado del galeón.

Un individuo de marcial apostura, rostro rubicundo y grandes mostachos blancos pisó el primero la cubierta. Ostentaba en la bocamanga de su casaca un galón en franja. Quitóse el tricornio mirando severamente a los dos ex piratas.

—Capitán Henry Mullins, del bergantín de Su Graciosa Majestad Británica el "Bridman"—se presentó, en correcto francés. —Capitán Carlos Lezama, del velero "Redención"— replicó el Pirata Negro, en correctísimo inglés—. Sufrid que os presente también al capitán Lucientes, del galeón "Gaby".

Los tres intercambiaron sendos saludos. Cubrióse el inglés.

—Agradezco la cortesía de replicarme en mi idioma, capitán Lezama. Si por los nombres supongo fundadamente que me hallo ante españoles, deseo ser contestado con la sinceridad Española. ¿A qué tráfico se dedican vuestros buques?

—Adquieren mercancías en las Indias Orientales y en

Centroamérica:

—Conocía esta particularidad, capitán Lezama. ¿Y a dónde destinan sus adquisiciones? ¿Quién las compra?

—Las vendemos en Boston, capitán. Mullins.

—Me place vuestra arrogancia, capitán Lezama. ¿Ignoráis quién soy y qué poder represento?

—Pertenecéis a la "Compañía Inglesa de las Indias Orientales" y representáis al Almirantazgo británico.

—By Jove! ¿Sabéis, pues, que persigo vuestro tráfico?

—Lo sé. Y veréis que tengo mi conciencia tranquila cuando no apelé ni a la fuga ni al combate.

El británico sacudióse una mota de polvo de rapé que había caído en su gorguera de encajes. Ofreció el estuche recamado en oro.

—¿Un poco de rapé, caballeros?...

¿No? Bien. Es mi deber manifestarles que desde este instante les considero mis prisioneros. Responderán ante el Tribunal Inglés de Londres de su delito.

—¿Delito, capitán Mullins? ¿Que, delito?

—Reconocisteis antes que sabíais que perseguía el tráfico a que os dedicáis. Me inclino ante vuestra arrogancia, que no ha apelado a la mentira, como caballero que sois. Pero tengo órdenes que cumplir, y debo hacer respetar el "Acta de Navegación", votada por nuestro Parlamento.

—Perdonadme, capitán Mullins... Desconozco esa "Acta" a la que aludís. Tan sólo sé que los buques del Almirantazgo persiguen a los que venden pólvora, armas o licores. Podéis ordenar registrar las salas. Sólo llevamos útiles de labranza, productos manuales, sedas, semillas y ganado. Por eso aludí a que mi conciencia estaba tranquila.

Perplejo, el capitán Mullins observó detenidamente el rostro impasible de Carlos Lezama. Ojeó también a lucientes, que imitaba a su amigo. —Por las trazas y el lenguaje, capitán Lezama, no sois un vulgar marino. Lo siento, pero el "Acta" estipula bien claramente que es tráfico ilegal vender cualquier género a Nueva Inglaterra, si antes no recibe el visado del puerto de Londres. Y en el puerto de Londres nunca han recalado los navios "Redención" y "Gaby".

—Me aprendéis una cosa que ignoraba, capitán Mullins. ¿Cómo

pude nunca imaginar que vender inofensivas mercancías a quien deseaba adquirirlas era un delito? Respeto la ley inglesa, y, si os parece que no la acato, es sólo por ignorancia, ya que nunca cayó en mis manos el "Acta" a que os referís.

—La ignorancia de las leyes no excusa de su cumplimiento, capitán Lezama. Repito mi sentimiento..., pero aduciréis vuestras razones ante el Tribunal de Londres. Me incauto de los dos barcos, y me haréis la merced caballeros, de acompañarme a mi camarote.

—¿Me permitís una pregunta, capitán Mullins? Tengo una duda.

—Estoy a vuestras órdenes para aclararos cuanto deseéis.

—Si un marino no puede transportar en sus calas mercancías, ¿qué debe hacer, según la ley inglesa? ¿Convertirse en pirata?

—No me incumbe explicaros el alcance de la ley. Es la ley.

Karmi apareció llevando en brazos a los dos niños. Colocó al varón en brazos de Lesama, y la niña fué sostenida por Lucientes.

—Me pesaban ya—dijo dulcemente.

El capitán Mullins quitóse el tricornio, inclinándose profundamente.

—Mi esposa, capitán Mullins. Y aunque no estén en edad de corresponder dignamente a vuestro saludo, os presento a mi hijo y a la hija del capitán Lucientes.

—Honradísimo, caballeros — y el marino inglés tomó otra ración copiosa de rapé. Estuvo sacudiéndose la gorguera, más tiempo del necesario—. ¡Teniente Higgins!—gritó.

Un oficial acercóse prontamente, cuadrándose ante su superior.

—Incáutese del contenido de ambas calas y que sea trasladado a nuestras calas. Extenderéis un recibo detallado de cuanto se incauta, para que, firmado por mí, y sellado con la divisa real del Almirantazgo, quede en poder de los señores capitanes. ¡Id!... Traed también un ejemplar del "Acta de Navegación".

Inclinóse levemente ante Lezama.

—¿Puedo solicitar una copa de Vino? Hace un día caluroso.

En el camarote, Henry Mullins, sentado, oyó como en inglés Lezama decía brevemente a Lucientes:

—Acompaña al teniente. Que nuestros lugartenientes no opongan la menor resistencia a que los señores ingleses se lleven de nuestras calas las mercancías.

Henry Mullíns procuró nó mirar demasiado a la bella zíngara,

mientras escuchaba atentamente. Cuando se hubo marchado el pelirrojo, explicó Lezama:

—Comprender, capitán Mullins, que mis hombres tampoco han leído el “Acta”, cuya existencia desconocen. No quisiera que interpretaran mal la incautación y quisieran combatir, cosa que no consiento, ya que acato la ley cuando la conozco.

—Escuchadme ahora vos, capitán Lezama. Lógicamente, si desconocíais la ley, no podíais cumplirla. Pero ahora os entregaré un ejemplar del ‘‘Acta”. En lo futuro quedáis avisado. De momento, como medida de castigo, entregaré a los almacenes del Almirantazgo vuestras mercancías. Mi deber hubiera sido entregaros al Tribunal Marítimo. Pero en Nueva Inglaterra no hay tribunal local del Almirantazgo, ni tampoco potestad delegada para juzgar. El costo en tiempo, dinero y molestias de repatriar a Inglaterra los prisioneros debe correrse cuando realmente los delincuentes lo merecen. Vos, en el fondo, habéis pecado por ignorancia. Es hermosa la niña. Tiene ojos azules de inglesa.

—Gracias por el cumplido, capitán Mullins.

—Y el varón será un robusto español como vos. Que tenga también vuestra elegancia y sinceridad. Y creedme, capitán Lezama, evitadme en lo futuro que os tenga que aplicar en todo su rigor la ley inglesa. Buen vino. ¿Puedo intentar decirle algo en español a vuestra esposa, capitán Lezama?

—Os lo agradeceré, capitán Mullins.

—Señora, excusar mi torpeza en lenguaje —dijo despaciosamente el británico—. Mí en ciudad de Kent tener un hijo no moreno como vuestro, pero también fuerte. Y para evitar que quedase demasiado patente que la presencia de la esposa y las dos criaturas había influido en su decisión de no llevarse prisioneros a los dos españoles, añadió, riendo: —Mi hijo leer ya “Acta de Navegación”. Y conocer ley.

—Tan pronto pueda, también mi hijo la leerá, señor—replicó ella, sonriendo.

—Galante y hermosa, tierra la española—dijo Mullins, dirigiéndose en inglés a Lezama—. ¡Lástima que les guste tanto pelear!

—Podría contestaros, capitán Mullins, que es de españoles pelear cuando pelea piden. No lo hago. Diré tan sólo que en

galantería y exquisita corrección nos igualamos con los súbditos de Su Graciosa Majestad que tengan vuestra gran mundología.

Henry Mullins tendió poco después a Carlos Lezama un recibo extenso y detallado, que el español colocóse en la faltriquera sin mirarlo.

—Perdón, perdón, capitán Lezama, Debéis leerlo. Podría haber error.

—¿Tendré también que leerme ante vos el "Acta"? Podría haber error.

—Aprecio vuestro humorismo, pero he bebido ya vuestra copa de vino. Perdonad que os recuerde que soy un representante de la ley inglesa y vos un capitán sorprendido en navegación fraudulenta.

Media hora después, Henry Mullins y sus hombres se alejaban hacia el bergantín. Diego Lucientes murmuró:

—¡Nos han limpiado! Muy elegantemente, pero nos han saqueado.

—La ley inglesa, querido amigo. Y hemos salido bien librados.

—Quizá si les presentamos combate...

—Nos hubiéramos visto forzados a ello si el capitán Mullins hubiera insistido en llevarnos prisioneros. Pero por mercancías de más o de menos, no abandonemos nuestra nueva ruta.

Camino del "Redención" en la lancha, Lezama sonrió a la imagen de su esposa arrullando al niño.

—Estuviste acertada, Karmi, al fingir que los dos pequeños pesaban ya en tus brazos. Si algo existe que, pueda hacer que un inglés estudie de la ley su concepto más benévolo, es el recuerdo de su hogar. Y ese berreante mocosuelo recordó al capitán Mullins a su hijo. Dime, Karmi: ¿cómo es posible que de una mujer tan bella como tú y un guapo mozo como yo haya nacido este chillón energúmeno?

—No lo hay más bonito en la tierra—protestó ella.

—Quizá. Pero estamos en el mar.

Pese a sus palabras, Carlos Lezama examinó a su hijo con arrobo. Le veía todas las perfecciones...

Al atardecer un viento fuerte se levantó, empujando una procesión de negras nubes voluminosas. Cruzaron el cielo varios relámpagos...

Y anochecía cuando la más estruendosa de las tormentas asolaba

el paraje dpnde navegaban el “Redención” y el “Gaby”.

Toda la pericia marinera de los tripulantes, todo el esfuerzo aunado de ambas naves, no conseguía evitar que las velas zarandeadas por el viento huracanado, y los palos sometidos a vibraciones continuas, empezaran a desgobernar el timón...

Entre la densa cortina de lluvia divisóse tierra, y hacia ella, desmantelados y a merced de la corriente, las dos naves fueron avanzando...

En el puente de mandó consultó Carlos Lezama su carta náutica.

—Por el sextante y el contorno de la costa, estamos en Quelch, la zona desértica. ¡Rumbo a Quelch!

CAPÍTULO III

Historia de tres mujeres

En la zona desértica de Quelch, dos mujeres que luego pasarían a la posteridad histórica instalaron un a modo de campamento.

En el siglo XVIII el hogar era todavía considerado como el sitio ideal para la mujer, y resultaba demasiado escandaloso el hecho de que los viajeros del mar estuviesen expuestos a morir decapitados a manos de una mujer.

Y esa era la suerte que generalmente esperaba a los que caían en poder de Ana Honey y Mary Dear. Ambas poseían una corta pero accidentada existencia.

Mary Dear era hija bastarda de un abogado de Cork, y siendo aún muy niña llevada a Carolina en compañía de su padre. Allí creció y se desarrolló rápidamente. Era alta, fornida, hermosa en su corpulenta y esplendida figura.

De temperamento voluntarioso y enérgico, más de una vez cometió actos de funestas consecuencias, como cuando quitó la vida a su doncella inglesa con un cuchillo de mesa, porque se atrevió a reprenderle “que prestaba demasiada complacencia a los halagos masculinos”.

Pero, aparte de estos momentos dé estos momentos de violenta excitación, era una hija obediente, que creciendo iba convirtiéndose en una muchacha apetitosa a quien todos los hombres hacían el amor, un poco por su belleza, y otro poco por su dote, que se sabía importante.

Pero Mary, digna hija de su padre, había tenido ya alguna que otra aventura amorosa. Un día se presentó ante su padre del brazo de un marino.

—Padre, éste es mi marido — dijo sencillamente.

El padre, sofocado de indignación, creyó morir de apoplejía. Cuando hubo recuperado sus sentidos, dió paso a un torrente de injurias dedicadas a la hija que acababa de casarse con un vagabundo sin dos ochavos, deshaciendo de un golpe todo el brillante porvenir que la esperaba.

—¡Fuera de aquí los dos!—rugió—. ¡Y que no os vuelva a ver más!

Se marcharon los dos con las orejas gachas. Ella porque creía que dominaba a su padre. Él, porque pensaba haber realizado el sueño de su vida, casándose con mujer rica y bonita, y se encontraba de pronto con una mujer sin dote y a quien tenía que mantener.

El marino formaba parte de la tripulación del capitán Vane, que en más de una ocasión se apoderó del oro que los galeones españoles llevaban a Europa.

Los recién casados embarcaron en el buque pirata, y allí Mary Dear conoció al segundo de a bordo, un buen mozo llamado John Reckham, de cuyas asiduidades no se defendía con la energía necesaria.

El marido, celoso, hacía votos para que el viento fuera favorable y el primer puerto estuviese a la vista, antes de que su esposa no hubiera llevado sus coqueteos hasta el adulterio.

El puerto en cuestión tenía un nombre simbólico: Providencia. Allí dejó a su mujer empleada en unos almacenes y volvió a embarcar.

Pero cuando una mujer se propone algo, intenta conseguirlo. Mary Dear halló el medio de entrevistarse con John Reckam. Un día, aprovechando que su marido había sido enviado a una aldea cercana por el propio Reckam, subió al barco y penetró en la cabina del segundo de a bordo.

Sólo volvieron a la realidad de las cosas cuando las maderas del camarote parecieron desencuadernarse a efectos de estrepitosos cañonazos.

Dos barcos de guerra ingleses acababan de aparecer en la bahía. El capitán Vane, sobre cuya conciencia pesaban múltiples piraterías, había largado velas y media docena de cañonazos hacia los ingleses, huyendo.

Este acontecimiento fué el origen de que Mary Dear se

transformara en una mujer pirata ¿Que otra solución podía optar? El barco pirata se alejaba a toda velocidad de la costa. Reckam no se atrevía a confesar al capitán que había mandado a tierra a un hombre del equipaje, para recibir, mientras tanto, la visita de la mujer de éste.

Mary Dear, a quien la perspectiva de una vida de aventuras entusiasmaba, dió la solución.

—Desde ahora soy para ti solamente, y de paso me he quitado de encima a un marido inaguantable—dijo a Reckam, con su habitual franqueza—. Dame trajes de hombre y preséntame al capitán como si fuese un marinero a quien acabas de alistar para substituir a mi marido.

—¿Y él?

—Dices que desertó.

La estratagema dió buen resultado. Mary se adaptó prontamente a la nueva vida. De día era un rudo marinero que no se asustaba por los trabajos más duros y difíciles. De noche Reckam le enseñaba esgrima de sable y el manejo del puñal y la pistola.

El elegante, rico y temerario John Reckman era conocido por el mote de "Brandy John”, y ella poco a poco fué infiltrando en su ánimo la idea de que había nacido para capitán.

“Brandy John” aceptó la verdad de tal sugerencia, y mató al capitán Vane. Mary y el capitán Reckam seguían, amándose fielmente... Ella, porque admiraba a su impetuoso y pintoresco compañero; él, porque la consideraba la más audaz y valiente de todas las mujeres bonitas.

Y habrían seguido navegando en continuas piratería, si, al conocer incidentalmente a Ana Honey, no hubiese ésta sugerido un nuevo rumbo.

Los primeros años de la vida de Ana Honey fueron aun mucho más aventurados y románticos que los de Mary Dear, y los historiadores que relatan sus vidas han temido indudablemente que el investigador, en busca de datos sobre ellas, abrigara dudas con respecto a la autenticidad sus relatos.

“Los incidentes extraordinarios de sus vidas—explica en una nota marginal el historiador Johnson—son de tal naturaleza, que cualquiera es capaz de imaginar que se trata simplemente de personajes novelescos y de ningún modo de seres vivientes. Pero las

pruebas son tan numerosas que se cuentan por millares.”.

Poco se conoce del origen de Ana Honey, aparte de que su madre había sido una joven y alegre viuda de Londres.

Por varias razones que se desconocen, la pequeña Ana había sido tratada como un niño, y a los trece años entró a trabajar como “recadero” en casa de una señora francesa.

Pero éste no era el trabajo adecuado para el temperamento inquieto de Ana Honey. Se escapó y buscó trabajó a bordo de un buque de guerra anclado en el puerto de Londres, donde aprendió el rudo oficio de marino.

Su imaginación se emborrachaba escuchando los relatos de aventuras en las Indias misteriosas, y su audacia iba adquiriendo alas al conocer las luchas de los barcos piratas y las proezas de los aventureros.

Pero como el barco de guerra no se movía de su base, Ana Honey se fue a buscar a otro sitio campo para sus aventuras. Uno meses más tarde era cadete en una compañía española de los Tercios de Flandes, que guerreaba contra los ejércitos franceses.

Parece extraño que en la vida de campamento pudiera ella conservar el secreto de su sexo, porque, aunque pudiera pensarse otra cosa, Ana Honey no era ni "un error de la Naturaleza” ni un marimacho.

La aventurera era una mujer endurecida por el ejercicio, osada y valerosa, siempre deseando jugarse la vida, pero absolutamente femenina.

Si no frecuentaba jamás los tabernuchos donde la soldadesca bebía, amaba y mataba, rechazaba arma en nano las insinuaciones de aquellos compañeros a quienes intrigaba su apariencia de efebo ligeramente andrógino.

Pero Ana Honey, que asombraba a sus jefes y compañeros por la audacia que exhibía en todos los combates, por sus, cualidades de mando y por el ascendente irresistible que ejercía en cuantos se le acercaban, se enamoró locamente de su compañero de tienda, un flamenco rubio y buen mozo, a quien no se le pasaba ni tan siquiera por la imaginación que “el inglés Honey” fuera “una inglesa”.

¿Fué un descuido? Tal vez; pero un descuido seguramente premeditado. Cuando el soldado flamenco penetró una noche en su tienda, bizqueó de sorpresa al advertir que su “compañero”, tan

pudoroso siempre, dormía medio desnudo entre unas mantas revueltas.

La sorpresa se convirtió en profundo estupor al ver que el tórax del “el inglés Honey” era una femenina escultura...

Ana Honev, fingiendo espanto, se puso en pie al oír el grito del soldado y se refugió en un extremo de la tienda.

—Pero... ¿así que eres una mujer? —preguntó el soldado, aun no repuesto de su estupefacción.

Ana Honey bajó los ojos púdicamente. El hombre se precipitó hacia ella.

—¡Tu mujer, cuando quieras!—gritó Ana con voz ronca, echando mano a su espada—. ¡Pero tu amante, jamás!

Al día siguiente un acontecimiento singular ocurría en el regimiento. Dos soldados se casaban civil y religiosamente. Ana Honey buscó unas ropas femeninas y trató de adaptarse a ellas para la circunstancia.

Todos los oficiales, muy divertidos por la extraña aventura, presenciaron la ceremonia y recogieron dinero para los recién casados.

Lógicamente, la novia fue licenciada. Y la pareja se instaló en una habitación de una posada de Breda, la cual subsiste en nuestros días, y donde el mesonero sigue relatando la boda de Ana Honey.

Un año después fallecía su marido, y la viuda volvió a vestir el traje de hombre, alistándose esta vez en un regimiento holandés del que desertó a los pocos meses para ingresar como marinero en un buque que se disponía a zarpar rumbo a las Antillas.

El buque fué capturado en el camino por el capitán Reckarn. Ana Honey y varios compañeros solicitaron que “Brandy John” les admitiera como voluntarios, sin que Ana revelara su sexo. Y fué aceptado su enrolamiento como Ralph Honey, ciudadano inglés.

Siguió ella sin revelar su verdadera personalidad, efectuando las tareas como un marinero común y demostrando que en el empleo del sable o de la espada ningún hombre podía aventajarla.

En un barco procedente de Jamaica que fué capturado por el capitán John Reckam, viajaba un joven de porte distinguido, quien desde el primer momento interesó vivamente a Ana Honey, aun cuando ella guardó para sí el secreto. Logró que el joven Bryan ingresara en las filas del capitán Reckam como marinero.

Cierto día el joven marinero tuvo una riña con un pirata; pero, de acuerdo con las formas de la piratería, este asunto debía ventilarse en tierra. El pirata era mucho más fuerte que el muchacho y conocía más a fondo el uso de las armas.

Por lo que la enamorada Ana buscó camorra con el pirata, y en la playa le acometió bravamente con espada y machete, matándole. Pero un corte de refilón del pirata había rasgado el chaleco y la camisa de piel del “inglés Ralph Honey”...

Sin ambages declaró su amor por el joven Bryan, ante la divertida aprobación de “Brandy John” y Mary Dear. Y entonces ocurrió algo inesperado.

El joven Bryan demostró su agradecimiento recitando una poesía inglesa muy conocida:

“Surtidas de brea y pez son sus manos,
antes tan suaves como el terciopelo.
Ella leva el ancla, dispara el cañón
y remata a los sanos,
y sin gracia ni feminidad
trepa por el mastelero,hasta el cielo...”

Sonrió Bryan con ironía, pero fué a la muerte con la misma sonrisa, porque Ana Honey, escarnecida y furiosa, le atravesó de parte a parte con su espada, sin darle siquiera tiempo a defenderse.

“Brandy John” y Mary Bear aprobaron de nuevo la tajante y definitiva resolución de Ana Honey. Ésta pasó a ser la compañera de Mary Dear.

Dejó de trabajar en las faenas marineras. Adquirió hierbas y cremas para devolver a sus manos “el terciopelo de antes”...

Y el día en que John Reckam observó que Ana Honey era tan bonita o quizá más que su amiga Dear, creyó que su método de saquear barcos era el apropiado también en cuestiones de amor.

Pero hallóse ante una mujer de finas manos que manejaban una espada contra la que se estrellaron todas sus acometidas. Retiróse cabizbajo y jurando venganza.

Fué peligroso el instante en que Ana Honey, con rectitud inglesa, le comunicó a su amiga la frustrada tentativa de “Brandy John”.

Mary Dear tomó una resolución eficaz. Colocó en su cinto dos pistolas amartilladas, y poco después el cráneo del sorprendido “Brandy John” estallaba en varios pedazos a efectos de los

pistoletazos.

Y ambas amigas tuvieron un largo conciliábulo. De resultas del que, vendieron el barco, licenciaron a la tripulación, conservando sólo con ellas a una veintena de hombres fieles y poco dispuestos a probar la contundencia de las espadas de ambas mujeres.

Compraron todo lo necesario para construir una casa en las cercanías de Boston y eligieron para ello la zona desértica de Quelch.

Y Ana Honey terminó de exponer su madurado plan. Alternativamente iríán a Boston. Atraerían a acomodados caballeros, y, manteniéndolos presos en Quelch, pedirían por ellos fuertes rescates. Aprobó Mary Dear, sólo con una modificación.

Estaba de acuerdo en matar luego a los rehenes para que no revelasen su identidad, pero quedaría exento de muerte y pago de rescate el hombre del que cualquiera de ellas dos se enamorase.

No había aún surgido el galán... En Boston conoció Mary Dear a una robusta y mal encarada mujer, que había militado como pirata a las órdenes del famoso Avery.

La contrató con la doble misión de vigilar el sueño de ambas amigas, y servirles la comida. Penélope era el nombre de la tercera pirata, y su historia era breve.

Mujer de marino, siguió siendo marino a la muerte de su esposo. Bebía y blasfemaba con la misma rudeza que un marino, y en su aspecto nada había que recordase a la mujer.

Cuando el undécimo bostoniano recibió ignorada sepultura en las arenas de la plaza de la zona de Quelch, Mary Dear sugirió modestamente que aquel paraje podría llamarse “La Tumba de los Caballeros”.

Ana Honey, sin explicar el motivo, vestía perpetuamente de negro. ¿Porque el color la favorecía? ¿Por su viudez? Lo cierto es que resaltaba así su cutis blanco y era una deliciosa figura femenina.

Mary Dear sólo vestía como mujer, en sus paseos a Boston. El resto del tiempo en Quelch usaba un combinado de prendas de los dos sexos. Chambergo que cubría su larga y sedosa cabellera negra, casaca mosquetera, cinto con espada y pistola, y falda que le llegaba a media bota.

Y por una noche de febrero del año 1706, Mary Dear y Ana

Honey, que terminaban de cenar, como siempre, alrededor de la medianoche, acercáronse al amplio ventanal-mirador, cuando Penélope advirtió con su voz aguardentosa:

—¡Barcos a la vista! ¡Un galeón y un velero!

Las dos amigas dieron las órdenes de prudencial prevención. Habían aumentado sus efectivos en hombres, y los veinte primeros marinos habíanse convertido en cincuenta, que ocupaban el caserón contiguo a la casa ocupada por las tres mujeres.

Treinta artilleros que se hacían cargo de las piezas repartidas estratégicamente por la playa, como medida preventiva contra posibles incursiones por mar.

Y veinte aguerridos piratas que eran los encargados de ofrecer combate, disponiendo de un copioso arsenal.

Dadas sus órdenes, que fué a transmitir Penélope. Mary Dear suspiró:

—Las líneas de flotación están muy altas. Deben llevar las calas vacías.

—Siempre habrá la posibilidad de un rescate. Trae el catalejo.

Los dos barcos, debatiéndose en la tormenta, eran iluminados de vez en cuando por ráfagas de relámpagos.

—“Re-den-ción” — leyó lentamente Ana Honey—. Y “Gaby”. Curiosos nombres. Español y francés. Están medio desmantelados. Se propondrán seguramente anclar para reparar sus averías. ¡Pobres!

Ambas rieron suavemente.

CAPÍTULO IV

Estrategias opuestas

Amanecía cuando por fin los dos buques dejaron de ser zarandeados por el huracán y pudieron inmovilizarse cerca de la playa, sin peligro a estrellarse al romperse las cadenas de los anclotes.

El viento había amainado, y a la débil luz de la aurora contempló Carlos Lezama los estragos causados por el temporal. Tanto en el velero como en el galeón los masteleros y las lonas pendían lamentablemente, los unos astillados y las otras en jirones.

Haciéndose portavoz con las manos, llamó a Diego Lucientes, que poco después pisaba la cubierta.

—Cuando menos, cinco días inmóviles aquí, “Medio Brazo”, hasta que de nuevo estén nuestros barcos en condiciones de navegar. Si yo fuera un marino supersticioso, achacaría lo sucedido a una eclipse en nuestro horizonte. Primero, la visita del capitán Mullins, y después, una tormenta infernal.

—Pero de ambos contratiempos hemos salido indemnes, señor. Aunque nos haya costado los beneficios de dos viajes y el descalabro de las arboladuras. Esta zona es relativamente boscosa, y hallaremos leños para substituir los masteleros que... ¡Re-pámpanos! ¿He dicho leños? Atisba la loma de babor, allí entre los robles...

El Pirata Negro miró hacía el punto señalado. Destellaban lívidos fulgores los bronces de los cañones destacándose entre la arboleda de una loma.

—¡Tate!—murmuró Lezama—. No podemos intentar orzar con nuestras velas deshechas. Atisba a estribor. Hay otras tantas piezas de artillería... Esos colonos de Nueva Inglaterra tienen excesivas precauciones. En fin, somos honestos mercantes. Pero por si hay el

albur de un riesgo, tomaremos nuestras medidas. ¡“Cien Chirlos”!

Acudió presuroso el lugarteniente.

—El señor Lucientes y yo vamos a bajar a tierra. Comunícale al andaluz que haga lo mismo que a ti voy a indicarte. Los hombres, sin precipitarse, ordenadamente, de uno en uno distanciados y como al descuido, irán ocupando sus sitios de combate. Que se tiendan bajo las lonas que encubren las culebrinas. No habrá combate si los colonos no lo suscitan, y no es en ellos habitual romper el fuego si no se les ataca. Pero si aquellas piezas de la loma dispararan, que tus artilleros les respondan. Y a la loma de estribor que la atienda la artillería del galeón.

Una lancha fué arriada en cuya proa ondeaba un lienzo blanco, manifestando ostensiblemente las pacíficas intenciones de los dos barcos en forzoso anclaje.

—Observo, señor, que, además de un caserón que parece barraca regimental, hay una casa de coquetona apariencia.

—Será quizá morada de la oficialidad y en el caserón se alojarán fuerzas británicas. Gente correcta..., y no olvides que dos capitanes mercantes como nosotros sólo les podemos temer a los malvados y fementidos piratas.

Diego Lucientes, cuando ya la lancha tocaba la orilla, comentó:

Nos han enviado una delegación de honor a recibirnos.

Diez sujetos, armados hasta los dientes, aguardaban a pie firme en la en la playa. Vestían sin elegancia y con relativa pulcritud. Uno de ellos avanzó al encuentro del Pirata Negro y Lucientes.

—¿De qué nacionalidad sois los dos? — preguntó en inglés y secamente—. ¿Españoles? ¿Antillanos?

—¡Córcholis con el amigo!—comento Lucientes—. Es de los que creen que todo el mundo tiene que hablar inglés.

¡Ah, son españoles!—dijo otro de los diez sujetos colocándose junto al que primero había preguntado—. Como no hablaréis inglés, yo os serviré de portavoz. ¿De dónde venís, adonde vais y qué buscáis?

El Pirata Negro apoyó sus puños en la cintura. Diego Lucientes replicó, con aparente seriedad:

—Gracias, lingüista. Venimos de Kamtchaka y vamos a Tronilandia. Buscamos margaritas con pétalos cuadrados.

—¿Kamtchaka y Tronilandia?—inquirió perplejo, el pirata inglés

conocedor del español.

—Veo que no conoces el mapamundi. Ambas regiones están a la izquierda del Vipay, subiendo a mano derecha del Nilo por el Rentoy...

—Que tu ingenio repose, estudiante —atajó el Pirata Negro—. A esos perillanes no debemos darles cordial algazara porque van a creer que todo el monte es orégano, y tienen modales que me irritan. ¿Quién es vuestro jefe?

Hablo unos instantes en voz baja el "portavoz" con su otro compañero. Ambos desenvainaron... Gesto que fué imitado prontamente por el Pirata Negro y Lucientes.

—¡Tate, “Mediobrazo”, huéleme que de tormenta huimos para caer en vendaval. Habla, portavoz. ¿Qué os proponéis? Nosotros no queremos lucha con colonos ingleses. Somos honestos capitanes mercantes...

—Se lo contaréis a ellas—rezongó el portavoz—. Andad delante de nosotros.

—¿A ellas? — inquirió Lucientes—. ¿Quiénes son “ellas”?

—Ya lo veréis. ¡Andad delante!

—Calma en la corraliza—atajó el Pirata Negro—. No me gustan tus modales. No son muy propios de colono inglés. Ostentamos banderín blanco y nos recibís groseramente... Andaremos si nos mostráis el camino yendo delante. Detrás mío no andan más que los perros y los gatos.

Volvió a hablar en cuchicheo el portavoz, y a los pocos instantes los diez hombres, obedeciendo a una orden gutural del primero, pusiéronse en marcha hacia la casa.

A ambos lados de los dos amigos pusiéronse, respectivamente, el portavoz y el que parecía ser el jefe del pequeño grupo.

—¿Ellas?—repitió Lucientes, intrigado—. Me estoy devanando los sesos para tratar de adivinar...

—No te fatigues. Ya .saldremos pronto de dudas. Sigue andando y no derroches tus energías antes de tiempo...

En la fachada de la casa construida sólidamente y con buen gusto, diez otros individuos de traza semejante a los que precedían al Pirata Negro y a Lucientes miraron hoscamente a los dos desconocidos.

—Abundan los rostros barbudos como las setas tras la lluvia,

señor. Pero no veo rastro de rostros albos y femeninos.

Los diez, hombres de la comitiva dieron vuelta a la esquina de la casita y se detuvieron ante la fachada oeste.

En la arena estaban hincadas las cuatro patas de una mesa. Tras ella, Mary Dear, sentada, contempló en silencio a los recién llegados.

Su chambergo y su casaca mosquetera engañaron en un principio a Lucientes, pero, al avanzar tras el Pirata Negro, dióse un papirotazo en la sien.

—¡Córcliolis! Hela aquí a una de las "ellas". Tiene hermosa cabellera y bello rostro, aunque poco amable.

El Pirata Negro adelantóse, y, frente a la mesa, se descubrió con galante ademán. El portavoz explicó en inglés, rápidamente:

—Son marinos mercantes españoles. No han querido decir, cuál es el motivo de su anclaje. No hablan inglés.

—Hablas más de lo que sabes, lingüista—interrumpió Lezama en perfecto inglés—. Perdonad, Milady, pero ese hombre nos preguntó con destemplada exigencia, y no me pareció digno de mí ponerme a tono con él.

—¡Desenvainaron sus espadas!

—¡Toma! ¿Y pues qué querías, muchacho? ¿No desenvainasteis vosotros los primeros? Excusadme, milady: soy el capitán Carlos Lezama y mi amigo es el capitán Diego Lucientes. Ambos somos españoles y mercantes. La tormenta desmanteló nuestros buques y no nos quedó más remedio que buscar refugio en estos parajes.

—¿A qué tráfico te dedicas?—preguntó Mary Dear secamente.

El Pirata Negro colocóse en jarras, pierniabierto, cubriéndose de nuevo. Rió con breve carraspeo.

—Y vos, ¿quién sois, milady? Yo os he declinado ya mis nombres, así como los de mi amigo. Y observo que en Quelch hay una epidemia extraña. Todo el mundo nos recibe preguntando más que un juez severo. Nosotros no somos gentecilla ni cortabolsas.



El Pirata Negro adelantóse y frente a la mesa...

Mary Dear hizo un ademán señalando con su diestra enguantada a los diez hombres a espaldas del Pirata Negro y Lucientes.

No adoptes ese tono conmigo, español. Esos hombres podrían rebajar tu arrogancia y tus humos.

Cruzóse de brazos el Pirata Negro, sintiendo ascender en él cierta irritación que procuró dominar.

—Mi arrogancia y mis humos son mal interpretados por ti, señora. No son más que desconcierto ante la extrañeza que me causa la actitud de todos vosotros.

—¿Veis las baterías de las lomas? —de nuevo la diestra enguantada de Mary Dear hizo un ademán hacia los dos altozanos que flanqueaban las dos construcciones—. Hay allí cañones cuyo punto de mira coincide con los cascos de tus barcos.

—Podría contestarte que en mis barcos hay también cañones, pero eres una dama, y, aunque tus palabras no me encantan, procuraré comportarme como español que soy. El señor Lucientes y yo traficamos en mercancías que traemos de las Indias a Boston. Desgraciadamente, nuestras calas fueron vaciadas por unos malditos piratas holandeses. La tormenta acabó de redondear nuestro infortunio ¿Queda satisfecho tu imperioso afán inquisitivo?

—Quiero que sepas que no volvereis a bordo hasta que yo lo

ordene— advirtió Mary Dear Dear imperativamente.

—¡Diantres! Quién eres tú, señóra mía, para imponer órdenes a dos honestos mercaderes que no han venido ni en son de guerra ni son maleantes que pretenden saquear tus dominios?

—Quiero que sepas también que, si me desobedeces, daré orden de disparar contra ti y tu amigo.

El Pirata Negro apoyó sus dos manos en la mesa. Sonrió sarcásticamente, mirando con fijeza a la bella inglesa.

—Me temo que tendré que explicarte una lección de estrategia, muy opuesta a la tuya, querida amiga. No creo que el Gobierno de Su Graciosa Majestad Británica haya delegado en mujeres la vigilancia de las costas de Nueva Inglaterra. Y aun, si así fuera, es de todo punto improcedente que me amenaces. Voy a procurarte la primera lección. Da la orden de disparar contra mí, y el primer pistoletazo que resonará es el que con harto dolor destinaré a tu blanco cuello. Vine como hombre galante, y me lo has hecho olvidar. Vine con banderín blanco; ¿por qué, pues, soy recibido como enemigo?

—Mis cañones dispararán contra tus barcos y los hundirán, español.

—Los míos harán trizas tu casa, el barracón y a tus servidores, inglesa. Pero, ¡diantres!, no me hagas perder la paciencia ni mi proverbial galantería jamás desmentida. ¿Por qué hemos de pelear? Yo sólo quiero reparar mis velas y mis arboladuras y me largaré con viento fresco.

—¿Quién nos asegura que no sois piratas?

La repentina intervención de aquella voz suave hizo respingar al Pirata Negro, que miró a la recién llegada que acababa de surgir de una puerta abierta tras Mary Dear.

Ana Honey, deliciosamente femenina en su atuendo de negros encajes y seda, colocóse detrás de Mary Dear, en cuyo hombro apoyó negligentemente una mano blanca y cuidadísima.

—¡Repámpanos! Hela aquí a la segunda de “ellas”—dijo el estudiante. —Vamos ganando en el cambio. Más me gusta que la primera. Tiene dulce voz y habla sensatamente.

—Gracias, señor — replicó cortésmente Ana Honey en español de encantador ceceo—. ¿Podéis contestar satisfactoriamente a mi pregunta, señor capitán Lezáma? Oí vuestras palabras, y excusad a

mi amiga si os recibió algo fríamente.

Inclinóse el Pirata Negro, barriendo con su chambergo la arena.

—A vuestros pies, milady. Confieso que comparto sin reservas la opinión del señor Lucientes. No dejaba de ser chocante e incomprensible la actitud de vuestra compañera. Ahora, al menos, comprendo una cosa: nos confundisteis con piratas. Cualquier almacenista de Boston os informará quién somos y os dirá que los capitanes Lezama y Lucientes son tan sólo unos honrados marinos mercantes.

—Gracias, capitán Lezama. Comprender que eran naturales las precauciones tomadas por mi amiga Mary Dear, Mi nombre es Ana; Ana Honey. Habéis dicho: “Al menos ahora comprendo una cosa...”, ¿Cuáles son las otras cosas que no comprendéis? Yo os las aclararé gustosísima.

—Yo soy el que os escucho gustosísimo. Ved lo que me intriga: esta zona figura en mi carta náutica como desértica. Primero supuse que eran fuerzas militares británicas las que ocupaban el caserón, y atribuí a la morada unos inquilinos tenientes o capitanes. Reconozco que Gran Bretaña aumentaría sus partidarios en las colonias si dispusiera de oficiales como vos, por la dulzura y feminidad..., y como vuestra amiga por el enérgico ímpetu. Pero, no teniendo noticia de que Su Gracia Majestad haya nombrado a sus ladies oficiales de sus ejércitos, ya no sé qué pensar.

—¡Charlatán!... — murmuró Mary Dear hoscamente.

—Sois injusta, Miss Dear. Antes queríais que hablase, y ahora me reprocháis que hablo demasiado. ¿En qué naipe me planto?

—Tú llevas ocultas intenciones al venir aquí — dijo Mary Dear, frunciendo el entrecejo.

—Mira mis dos barcos: ahí están muy al descubierto mis intenciones. Pero, en fin, si nuestra presencia te molesta, véndeme unos troncos y unas lonas y orzaré hasta otra cala.

—No os formalicéis por la brusquedad de Mary—intervino Ana Honey—. Vela por mí y presiente peligros en todo. Reconoceréis que, por ser barcos mercantes, el galeón y el velero están fuertemente artillados.

—Vos reconoceréis también que en el mar pululan los piratas, y nosotros tenemos que procurar defendernos... Hasta ahora, observad, Miss Ana, que he sido respetuosísimo y he contestado a

cuanto se me ha preguntado. Me temo que no he recibido el mismo trato de justa correspondencia.

—Saciaré vuestra curiosidad.

—Curiosidad, Miss Ana, que no es más que eco de la de vuestra amiga Mary.

—Me disgusta tu impertinencia, español—exclamó Mary Dear—. No estás en condiciones de sentirte gallo.

—¡Qué fea palabra en boca tan... —el Pirata Negro se interrumpió, y, sonriendo tras observar los labios bien dibujados de Mary Dear, añadió—: ...linda! Para sentirme gallo tendría que cacarear y lucir plumas. Hablo y luzco espada. Y me llamo Lezama, Mary Dear. Te ruego no emplees el aludir despectivo a mi tierra natal. ¿Te disgusta mi insolencia? Si no fuera yo hombre de natural galante, te diría que tampoco me satisface tu estilo poco femenino. ¿No dijisteis que queríais saciar mi curiosidad, Miss Ana? Os presto oídos respetuosamente.

—Supongo que os extrañará el ver a dos mujeres indefensas...

—Me placen vuestros eufemismos. Perdón. En lengua española, “indefensas” significa sin defensas. ¿Son de mazapán vuestros cañones y llevan torrijas por ruedas? ¿Y los veinte caballeros que hemos visto hacen calceta con sus espadas?

—Interpretáis mal mis palabras. He dicho indefensas en el sentido de que somos dos viudas que hemos decidido alejarnos de Boston el día en que nuestros maridos murieron. Ellos también eran marinos, y aquí, desmantelando los barcos, hicimos construir esas dos casas y colocamos la artillería para protegernos contra posibles ataques piratas. Eso es todo, capitán Lezama. Podéis proporcionaros la madera que necesitéis en nuestros bosques. Lo único que os ruego es que mientras de Boston regresa el hombre que mandaremos a informarnos de la veracidad de vuestro aserto, vuestros marinos que bajen a cierra en busca de troncos, y que lo hagan de día y sin armas.

—Agradecido, Miss Ana. Aunque tened presente que tendrán que bajar armados.

—No os entiendo.

—Necesitan un hacha para talar.

—Por descontado—rió Ana Honey, y Diego Lucientes sintióse predispuesto a declarar que aquella risa le sonaba a melodía

celestial.

—Os quedamos muy reconocidos, señora, a vuestra amabilidad y a vuestra risa armónica y deliciosa.

—Al cumplido del señor Lucientes, añado yo el mío, comparándoos a la encarnación de la feminidad suave y sonriente que como un arco iris ha aparecido... tras la bella tormenta... Y, aclaradas nuestras respectivas posiciones estratégicas, ¿podemos retirarnos a bordo, Miss Ana?

—Honrándonos esta noche a cenar, señores—propuso Ana Honey.

—¡Aceptado! — exclamó Diego Lucientes. Quedóse cortado viendo el gesto de enojo del Pirata Negro, y balbució: —Siempre y cuando no os seamos gravosos...

—Exacto. Os seríamos gravosos... Nuestras despensas están mejor surtidas de acuerdo a nuestro poco refinado paladar—dijo Lezama con amabilidad—. ¿Podrán mis hombres empezar a usar de vuestro gentil permiso?

—Que no pasen de diez — advirtió Mary Dear secamente—. Y al crepúsculo se retirarán.

El Pirata Negro saludó a Ana Honey.

—¿Cuántos hombres toleráis en vuestro bosque, Miss Ana?

—¿Os parece bien tan sólo diez?

—Así lo ordenaré. A vuestros pies, Miss Ana. ¡Señor Lucientes! Debemos regresar a bordo. Buenos días.

Los dos hombres se alejaron hacia la orilla. Ana Honey rectificó la orden que Mary Dear acababa de dar.

—No. Que no los sigan, Mary. Volved a vuestros alojamientos, pero estad sobreaviso.

Los diez piratas obedecieron. Mary Dear dió un puñetazo en la mesa.

—¿Por qué tantas contemplaciones, Ana? Este Lezama es un impertinente sin igual...

—Tiene aspecto de hombre que maneja tan fácilmente la espada como la lengua. Sus dos barcos están artillados... Pero no pueden escapar, dado el estado de sus velas. Si son, como creo, dos mercantes españoles, pueden proporcionamos un buen rescate. ¿Notaste cómo me devoraba con la vista el manco pelirrojo? Déjame a mí conducir el timón, y sacaremos el máximo rendimiento

de ese inesperado presente.

* * *

Diego Lucientes, al entrar en la lancha, hizo un gesto de excusa.

—Verás, señor. No creí que aceptar una invitación a cenar supusiera para ti ninguna molestia.

—No me gusta Ana Honey.

—Dirás que la que no te gusta es Mary Dear.

—No. He citado sin equivocarme a la meliflua viudita Ana Honey. ¿No recuerdas ya a la Dama de Olisson?[2]. Era también femenina y bella. Era también viuda, según decía, de un honesto marino. Vivía también en zona desértica y rodeada de bribones.

—La Historia nunca se repite, señor. Además, aquella mujer era muy distinta. Se le notaba a la legua que era una pécora.

—No al principio. Jarnac de Lesperruy la defendió como tú añora defiendes a Ana Honey. Y Jarnac de Lesperruy murió asesinado por culpa de una viudita amable y suave. Y hasta tocaba el arpa.

—Encuentro las situaciones muy diferentes.

—¿Porque Ana Honey no toca el arpa? Yo prefiero la brava rudeza de Mary Dear, al gatuno ronroneo de Ana Honey. ¡Importuna tormenta!... Nos ha imposibilitado para huir de esos parajes, que es lo que haría si pudiera. No me gusta Quelch y sus dos moradas.

Diego Lucientes se calló, pero interiormente su opinión fué que Carlos Lezama, si bien tenía razón en ver asechanzas y peligros por doquier debido a su azarosa y sufrida existencia, lo cierto era que de Ana Honey sólo cabía esperar un peligro: el de enamorarse de su dulce feminidad.

CAPÍTULO V

Ardides femeninos

El Pirata Negro, apenas saltó a cubierta, subió al castillete de proa, y sus silbidos, modulados en forma especial, llamaron a los hombres de maniobra, pero no a los artilleros tendidos bajo las lonas.

Agrupados al pie del castillete quedaron quince hombres, teniendo a su frente a “Cien Chirlos”.

—Vosotros, artilleros, me oiréis también, pero no os mováis de vuestros sitios. No me place ni pizca esta cala. y si el velamen estuviera en condiciones, nos largaríamos a todo trapo. Pero los elementos mandaron en nosotros. Estaréis todos prevenidos a cualquier evento. Sin ambages, os anuncio que mi alarma puede ser inspirada por exceso de suspicacia. Más vale pecar por más que por menos. Necesitamos a toda mecha zurcir las velas aprovechables y apuntalar nuevos masteleros. Cinco hombres sin armas, con mi lugarteniente, bajarán a tierra provistos de hachas. Talareis árboles apropiados, desbrozándolos. Otros cinco hombres, dirigidos por “Piernas Largas”, irán con vosotros. El señor Lucientes y yo, desde nuestros respectivos bordos, vigilaremos. A la menor sospecha o al menor conato de ataque regresaréis aquí. Nada más. Si antes calculé en cinco jornadas el trabajo, lo hice confiando hallar zona desértica. Ahora, apremiad y haced lo imposible para que la labor no rebase los tres días.

Diego Lucientes, al irse los tripulantes en busca de sus hachas, quiso aclarar una duda.

—¿No piensas bajar a tierra, señor?

—No. Tu si lo piensas. Allá tú, hermano; pero, si es cierto que me tienes amistad, atiende, no a mi orden, sino a mi ruego. Quédate

a bordo de tu galeón hasta que, ya reparado, nos hagamos a la mar.

—¿Has meditado en que ellas pueden creer que les tenemos miedo?

—Que lo crean. Quizá sí que les tengo miedo. ¿Has olvidado que hay a tu bordo una niña de tres años y que es tu hija?

—¿Me impide eso confesar que Ana Honey es bonita?

—Yo también te lo confieso. Pero he querido hacerte comprender que si antes podíamos luchar arriesgando tan sólo nuestros pellejos, ahora no estamos en idéntica situación. La prudencia no está reñida con la valentía. Llegado el caso, no me amilanan las lomas artilladas ni los bergantes peleones. Pero hoy en día prefiero evitar que los casos lleguen. A buen entendedor, con media palabra basta, Diego Lucientes. Pero en tu barco tú mandas y tienes ya veintiocho años.

—No me reprendas como un padre enojado, señor Lezama—dijo sonriendo el madrileño—. Aunque me apene no volver a ver a la gentil inglesita, te obedeceré. Reconozco que tú, si pecas por exceso de suspicacia, posees también mayor “cacumen” que yo. Entonces, ¿mando al andaluz con cinco leñadores?

—Sí. Repíteles que no deben ir armados ni buscar camorra. Y al menor asomo de peligro, retirada a bordo.

Poco después el Pirata Negro descendía al camarote-comedor de la sala capitana.

Karmi jugueteaba con su hijo, que manifestaba un rabioso empeño en despeinarla. Lo consiguió, y, calmada su impaciencia, rió agudamente.

Aumentó su infantil carcajada al ver entrar a su padre, hacia el que tendió los brazos, perneando vigorosamente.

Carlos Lezama cogió en brazos a su vastago y aceptó de buena gana el beso... Apartó a su hijo, mirándolo al extremo de sus brazos, con serio semblante.

—Vuestros mocos os los guardáis, buen mozo. Me temo que vuestra madre os consiente demasiadas libertades. ¿Redondeáis los ojos, bribón, y avanzáis el hocico? Buen síntoma. Reconoces mi paterna autoridad. Ahora sí puedo yo besarte.

—Pronto es aún para reprenderlo, Carlos. No te comprende. Sólo me comprende a mí.

—Discutiremos ese detalle con calma, y en otra ocasión, Karmi

—y el Pirata Negro sentóse junto a ella, mientras Carlos de Ferblanc y Heredia adoptaba su postura favorita.

A horcajadas cabalgó un muslo paterno, y, asiéndose fuertemente abrazado, aguardó los acontecimientos...

Maquinalmente, Carlos Lezama fué taconeando y su hijo cabalgó con hipos de entusiasmo.

—Estás preocupado, Carlos. Te vi en la playa rodeado por varios hombres armados. Te vi desenvainar... He pasado momentos angustiosos..., y cuando regresabas en la lancha tranquilicé a tu hijo, que lloraba.

—Lloraba porque le dejaste solo. Karmi, nuestra unión ha hecho posible que yo sintiera un acendrado impulso de vivir honestamente, olvidando mi antigua existencia. Me haces feliz y me has dado un retoño..., que es un engorroso diablo sobrante de energías. Te bendigo con toda mi alma...

—Hablas como si algo temieras.

—No temo a nada en concreto, Karmi, que si así fuera ya pondría los medios para evitarlo. Del hombre de mar tengo las supersticiones, y presiento que nos esperan dificultades... Escucha: en la cala viven dos mujeres extrañas, se dicen viudas y están rodeadas de sujetos ingleses con traza de piratas. Si no fuera ir a un combate con las de perder el intentar zarpar a medio palo y con jirones de lona, créeme que lo haría. Pero debemos permanecer aquí cuando menos por espacio de tres días consecutivos. Zarpar ahora equivaldría a ser hundidos por el fuego de los cañones de esa gente inglesa, que no son colonos porque no hay ninguna tierra arada ni el menor establo. Las dos mujeres hablan perfectamente el español. Y una de ellas viste masculinamente.

—¿Son guapas? — preguntó Karmi, recelosa.

Rió el Pirata Negro, cogiendo una mano de su esposa.

—¡Qué pueril eres, cariño! Te hablo de peligros, te hablo de mis naves ancladas forzosamente, te hablo de cañones..., y me contestas si hay belleza en las dos raras moradoras de Quelch. Por espacio de dos años han paseado muchas mujeres hermosas por las calles de Boston y de los demás puertos en que hemos tocado... ¿Las he visto tan siquiera? Las he visto sin verlas, porque en mis ojos sólo está tu imagen y..., ¡demontres, caballerete!—exclamó Lezama mirando a su hijo, que manifestaba su descontento chillando con breves

alaridos—. ¿Qué. os pasa ahora, rebelde mocosuelo insolente?

—Dejaste de taconear y pide más galope—explicó Karmi, alegremente.

—¡Qué ansias tengo de que ande ya solo! Le tendré horas enteras a caballo hasta que le broten callos en las nalgas... En fin, paciencia. Bueno es que haga ejercicio—y el Pirata Negro reanudó su taconeo, que fué acogido con vigoroso braceo por el chiquillo.

Karmi entrecerró los párpados y procuró dar a su voz un matiz de absoluta indiferencia:

—Ni los cañones ni los hombres te imponen preocupación, Carlos, ¿Es que piensas volver a tierra?

—No. Pienso que hay en tus pupilas la luz que te caracteriza cuando estás imaginando alguna malicia.

—Me imagino que te preocupas excesivamente por dos desconocidas... que son guapas. No son celos, ¿sabes?

—Celar de mi sería un pobre homenaje, Karmi, y a la vez, un desdoro para tu encanto. Si me casé contigo, yo, hombre de buen gusto, ¿no es porque eres la única mujer bonita del mundo?

—Sí; pero las mujeres son amantes robar en huerto ajeno. Y tu eras enamoriscados y faldero.

—“Era”, dices bien. Ya no lo soy. Me harté, y te elegí para siempre porque reunías en ti los encantos de todas ¿No te he dicho que no pienso en las dos inglesas por mujeres?... Pienso en ellas por misteriosas. Y, ¡voto al rabo de Lucifer!, no aumentes mi malestar con desplazadas sospechas, que ya las mías sobran.

—No te enojes, Carlos. Soy una tonta..., pero tú tienes la culpa.

—¿Yo? Sólo me quedaba eso por oír.

—Me refiero a que no hay hombre que te aventaje en... presencia. Y... ellas se darán cuenta de que en Inglaterra no nacen los Carlos Lezama.

Rió el Pirata Negro.

—¿Halagos ahora? ¿No sabemos ya que como tú y yo sólo existimos tú y yo? Coge al señor jinete... Se me ha dormido la pierna. ¡Maldita sea! Galopa como un cosaco ese truhán... Va a ser un gran hombre.

* * *

“Cien Chirlos y Piernas Largas” cambiaban impresiones en voz baja, mientras con el hacha al hombro se adentraban por la playa al

frente de otros diez tripulantes.

—...es que "él" lo ha dicho, chiclanero. No podemos atizarle estopa a esos rubios que nos ojean. Si quieren darnos maltrato, debemos huir a bordo... y sólo pegar algún que otro hachazo, pero nada más que para abrirnos paso.

—Deseoso estás de que tengas que abrirte paso mellando tu hacha. Hace tiempo que no peleamos, ¿eh? Pero si "él" dice que no debemos pelear, sus razones tendrá. ¿Qué te parecen aquellos robles de la loma?—y el andaluz indicó la cúspide del altozano, donde semiocultos brillaban los cañones.

—Que son robles—reconoció "Cien Chirlos" concisamente.

Emprendían la ascensión por el sendero que conducía a lo alto, cuando cinco hombres armados les cerraron el paso. Uno de ellos repitió por dos veces la misma palabra:

—Forbidden! Forbidden![3].

—¿Zorbitan?— gruñó "Cien Chirlos"—. ¡Voto al cuerno que me duele no chapurrear el inglesado! A lo mejor ese zopenco me está insultando.

—Yo creo que nos dice que ahuequemos, que nos larguemos a otra parte. Se lo "juelo" en los gestos; nos echa para atrás. Pensará que vamos a emprenderla a hachazos con sus cañones. Media vuelta, carota fea. No nos queda más remedio que apechugar. Vamos a ver si en, el bosque, junto al caserón, también nos "zorbitean".

Pero nadie impidió el acceso a los doce leñadores cuando se detuvieron en la linde del bosquecillo cercano a la gran barraca.

Dió la señal "Cien Chirlos" escupiéndose estruendosamente en las manos, y su hacha levantó esquirlas mientras ahondaba los recios cortes.

Rondaba el mediodía, cuando el andaluz, secándose la frente, resopló, pasmado:

—¡*Guay, guay*! Eso que se acerca,

¿qué es, carota fea? ¿Una boya, con faldas o un barril con moño?

"Cien Chirlos" miró hacia la que venía llevando una bandeja. Una mujerona de cuarenta años, con vello en la barbilla y peludas cejas hirsutas.

Penélope obedecía la orden de Ana Honey.

Depositó la bandeja a los pies de “Cien Chirlos”, y, señalando su contenido, hizo ademán de beber y masticar.

—¿Es sordomuda la ballena esa?— preguntó “Cien Chirlos”, cejijunto.

—Es su mejor cualidad. Hay vino y carne apetitosa en la bandeja, carota fea. Un trago y un bocado no nos vendrán mal. Dale gracias a la hermosa doncella. Te contempla con estupor. Debes gustarle…

—¡Le daba así y “asá”! — gruñó “Cien Chirlos” pegando dos puñetazos en el aire, y añadiendo, casi sofocado de indignación—: Pues, ¿no me ha guiñado, la muy… feorra?

—Ingrato que eres, mozo juncal y pinturero. Muérdele a la carne: es tierna. Estoy mentando al pollo de la bandeja. ¡Tomad, vosotros!—y el andaluz lanzó varios pedazos a los demás— La novia de “Cien Chirlos” nos invita.

—No… no acepto esas chanzas, andaluz. Dijo “él” que aquí no pelea nadie.

—Bueno, compadre: ¿es o no es cierto que la doncella te ha guiñado?

Penélope, al hacerlo, había obedecido la segunda orden de Ana Honey: “Elige al más feo y demuéstrale que no te desagrada”. Penélope obedecía tanto más a gusto, cuanto que sólo admitía una belleza en el sexo masculino: la del bruto.

Y el ejemplar que ofrecía “Cien Chirlos” era de una perfección insuperable.

“Piernas Largas” apuró la mitad de un frasco y tendió la otra mitad a sus cinco hombres.

—Trabajando no hay que beber sin tino — aconsejó paternalmente—. Hacedme caso a mí y llegaréis a viejos. Vaciad el frasco y de nuevo a talar. Compadre, ¿le das o no las gracias a tu tormento?

“Cien Chirlos” empuñó el hacha con brusco ademán: vaciló entre Penélope y el andaluz, y con un esfuerzo desvió la vista hacia el cercano roble, que fué el que recibió el desahogo de su contenida ira.

—¡Guiños a mí!…—y el hacha gimió agudamente entre la corteza—. ¡Focas a mí!…

“Piernas Largas” recogió la bandeja y volcó en ella los dos

frascos vacíos. La ofreció a Penélope con gesto zumbón.

—Muchísimas gracias, maritornes apestosa. Puedes desvanecerte lejos de mis bellas pupilas, y te lo agradecerá mi estómago. ¡Lástima que no sepas hablar mi parla, barril de sebo!

Penélope dió un empujón con la bandeja al andaluz, que por la fuerza del golpe retrocedió dos pasos, frotándose el dolorido busto.

—Yo oír—dijo roncamente Penélope en gangoso español—. Yo entender mucho español.

Alejóse con su andar de recias pisadas anadeantes. "Piernas Largas" soltó varios tacos, profundamente divertido.

—¿Te diste cuenta, carota? Sabe español como tú y yo... La has desdeñado, trovador, y mañana echará veneno en tu vino.

—Se lo beberá ella en compañía de su abuela. Y me gusta que sepa mi lengua. Podré cantarle las verdades si vuelve a... ¡eso!

—¿A requerirte de amores? ¡Al roble, home, al roble! No me confundas con el tronco, que ya me callo.

* * *

Atardecía cuando los doce leñadores regresaron a bordo. Penélope, muda y torvamente seria, les había traído nuevos manjares y vino.

Diego Lucientes dió las órdenes para la vigilancia nocturna, y cuando estuvo en su camarote, donde comía en compañía del andaluz, "Piernas Largas" hurgó en su faltriquera.

—La criada me dió cerca de la plaza ese papel para ti, señor. A buen seguro que no es de ella, porque eso huele a rosas... encerradas.

—¿Por qué no te das una vuelta por el puente, a ver si yo estoy por ahí?—insinuó Lucientes, mientras cogía el sobre, lacrado, donde, con hermosa letra cursiva, decía: "Al capitán señor Diego Lucientes. De Ana Honey".

Rasgó con precipitación, y leyó rápidamente:

"Persisto en mi invitación a cenar, capitán Lucientes. De la galantería española nunca se ha dicho que se negara a invitaciones femeninas, que son casi requerimientos. Tenemos por costumbre mi amiga y yo cenar tarde: hacia la medianoche. ¿Os cuadra la hora? Hasta entonces es vuestra servidora,

"Ana Honey."

—Lo siento, Ana Honey, dulce encanto..., pero no puedo ir.

* * *

Carlos Lezama recogió de manos de a "Cien Chirlos" otro sobre semejante. Sólo el texto variaba ligeramente.

"Capitán Lezama:

"Admito que fui brusca con vos. Era desconfianza. Tranquilizada ya, podéis demostrarme que no me guardáis enfado acudiendo a cenar con nosotras hacia la medianoche. Os lo agradecerá:

"Mary Dear."

El Pirata Negro dobló parsimoniosamente la carta.

—A las doce de la noche irás a tierra, guapetón. Preguntarás por Miss Mary Dear y le dirás, palabra por palabra: "Mi capitán tiene dolor de cabeza. Escusadlo. Vendrá en otra ocasión a presentaros sus simpatías". Me apostaría cien a uno a que esa carta la ha dictado Ana Honey. ¡Tú, valiente! Esa última frase no vayas a repetirla allá.—Y, al alejarse el lugarteniente, preguntóse Lezama, intrigado: —¿Qué diablos maquinan esas inglesas?

* * *

A la medianoche, "Cien Chirlos" fué introducido en un comedor lujosamente amueblado. Dos bellas mujeres le miraron interrogantes... y Diego Lucientes, sentado entre ellas, masculló apresuradamente:

—¿Qué deseas, "Cien Chirlos"? El relente te sentará mal.

—Vengo a decirle a la Miss esa que se llama Mary que "él" tiene dolor de cabeza y se excusa que ya vendrá en mejor ocasión a presentar simpatías.

Diego Lucientes habló con cierta premiosa precipitación.

—No me has visto, "Cien Chirlos". A "él" no le gustaría saberme aquí.

—Si no le ha de gustar, no le diré que te he visto, señor. Pero si me lo pregunta, no podré mentirle.

Salió el lugarteniente de Lezama, y sólo entonces Ana Honey manifestó su asombro.

—¿Qué pecado hay en que cenéis con nosotras? ¿Por qué teméis que lo sepa "él", que supongo será el capitán Lezama?

—Es... muy puritano, ¿sabéis, mis, lindas señoras? Y como es mi jefe y le tengo ley, debo procurar no contrariarlo.

Mary Dear había abandonado su atuendo semimasculino, y, vestida sobriamente de seda azul, era una atractiva mujer de lozana

belleza.

Pero durante la cena no ostentó más que un rostro serio y de mal talante.

En cambio, Ana Honey fué un prodigio de suave feminidad..., y al filo de las dos de la madrugada, Diego Lucientes, mientras la lancha bogaba silenciosamente, meditó que las precauciones del Pirata Negro eran esta vez innecesarias.

En Quelch no había más que dos viudas originales que, como buenas inglesas que eran, amaban la soledad del campo.

—Tiene mil tesoros — murmuró el madrileño—. Es bonita, culta, ha viajado mucho, es casi un ángel de dulzura..., y, ¡qué diablos!, yo no estoy casado. También soy viudo.

CAPITULO VI

El viudo enamoradizo

Al amanecer del siguiente día, el mensajero enviado a Boston por las dos mujeres piratas regresó con abundantes informes,

Según ellos, se desprendía, sin dejas resquicio a dudas, que los capitanes Lezama y Lucientes comerciaban regularmente con los almacenes ingleses del puerto de Boston.

Se decía que, según todos los cálculos, tenían que haber acumulado pingues beneficios, porque sabían elegir las mercancías más productivas y solicitadas.

El capitán Lezama era casado y tenía un hijo de cortísima, edad. Tanto el niño como la esposa viajaban con el a bordo del velero.

El capitán Lucientes era viudo y a bordo del galeón tenía a su hija, una criatura de tres años.

—Ya no hay temor de que sean míseros desarrapados o piratas— comentó Ana Honey—. Y si no tuvieran quien por ellos pagase rescate un procedimiento. Apoderarnos de la esposa y del hijo de uno, así como de la hija del otro. Ten por seguro que sadrán en busca de cuanto oro les pidamos. Dicen que los sentimientos paternales son muy fuertes.

—Si el español no viene…—empezó a decir Mary Dear.

—Hay un método infalible de hacerle confiar. Iremos tú y yo a su barco. Acabamos de enterarnos de que su esposa viaja a bordo y vamos a saludarla. Los invitamos a los dos que nos honren cenando aquí… El resto será fácil.

Y ya en lancha, navegando en dirección al buque, cuya figura, se destacaba en el horizonte, Ana Honey repitió sus recomendaciones.

—No seas muy amable, porque no sabes serlo, y el capitán Lezama podría darse cuenta de tu fingimiento. Pero procura poner

un freno a tu impetuoso carácter.

Desde cubierta, Carlos Lezama vió acercarse la lancha conduciendo a las dos pasajeras. Se estacionó en el remate de la pasarela y tendió la mano para ayudar a subir a Ana Honey.

—Buenos días, capitán Lezama. ¿Mejorasteis de vuestra jaqueca?

—Siempre a vuestros pies, Miss Ana. Felizmente con la aurora se disipó mi malestar, que no sabéis cuánto me hizo lamentar no poder acudir a vuestra amable invitación, Miss Mary Dear.

Mary Dear inclinó la cabeza como para señalar que se daba por aludida. Examinaba, expertamente la estructura del velero.

—Hemos sabido, capitán Lezama, que viajáis acompañado de vuestro hijo y esposa...

Karmi hizo acto de presencia, enlazando su brazo al del Pirata Negro.

—Mi esposa. Las señoras Ana Honey y Mary Dear—presentó Lezama. —¿Podemos ofreceros un refrigerio? ¿Infusión de hierbas orientales?

—No podemos negarnos, so pena de parecer descorteses—dijo Ana Honey intencionadamente, y, mientras se dirigían a la sala capitana, añadió—: Es innegable que sois española... Debéis perdonar si anoche cometimos la incorrección de invitar tan sólo a vuestro esposo a cenar. Ignorábamos que tenía la fortuna de poseer una esposa como vos.

Karni, aunque interiormente bullía de hervor celoso, sonrió lo mejor que supo.

—Mi esposo pasó muy mala noche con su dolor de cabeza.

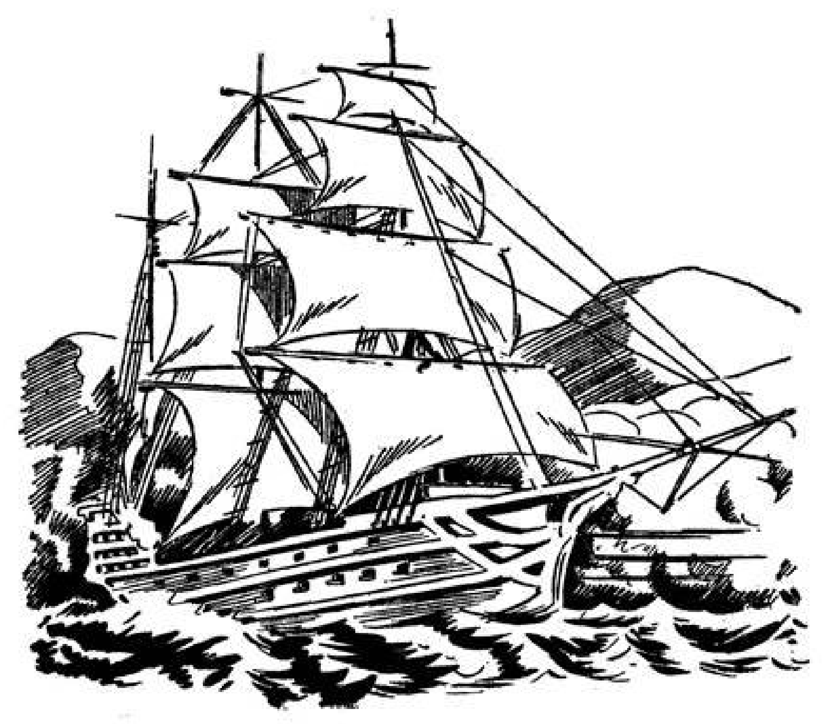
Sentadas las tres mujeres, quiso demostrar Karmi que era dueña absoluta de todos los secretos posibles de su marido.

—Carlos me dió a leer vuestra carta, señora Dear. Muy amable, y no creáis que él puede guardaros enojo. Aparte de que es galantísimo, era natural que vos, al principio, desconfiarais de un desconocido.

—Que ya no lo es—intervino Ana Honey, ante el altivo mutismo de Mary Dear—. Como os puse en antecedentes, capitán Lezama, mandé a uno de mis servidores a que fuese a Boston y se informase acerca del “Redención” y del “Gaby”. Son plenamente satisfactorios, y ahora es cuando ya no os podéis negar a mi ruego. Somos dos mujeres solas, señora Lezama. Interceded para que vuestro esposo

acceda a acompañaros a cenar en nuestra casa.

—En España, señora Honey, a las esposas nos está vedado el indicar al marido lo que éste debe hacer. Carlos decidirá, aunque supongo que consideraré que es muy de agradecer vuestro amable empeño y tesón en invitarnos.



...en dirección al buque cuya figura se destacaba...

—Incorrecto sería hacernos rogar más, Miss Honey—admitió, sonriente el Pirata Negro—. ¿A qué hora nos honrareis recibiéndonos?

—¿Os parece bien hacia las diez?

—Nuestro hijo no tiene costumbre de dormir sin que yo le haga un poco de compañía —dijo Karmi.

—Fácil arreglo. Dejadle que pise tierra firme por una vez, o, si queréis, podemos anticipar la hora de la cena.

—No, no—protestó Lezama—. A las diez vendremos mi esposa y yo.

Tras algunas banalidades, las dos mujeres se fueron. Mary Dear no había despegado los labios...

—Antipática la alta mujerona—dijo Karmi con malevolencia, ya que Mary Dear era una mujer alta, pero bien conformada y bonita.

—Más me simpatiza con su huraña actitud, que Ana Honey con sus remilgos almibararlos. No me queda más remedio que acudir a la cena. No puedo ya acudir a otros pretextos ni invocar dolencias imaginarias. Verían que sospecho, y quizá lo que hasta ahora infundadamente presiento, se agravase.

—¿Has dicho que acudirás a la cena? Creo que te olvidas de que yo también he sido invitada.

—Quien ha de olvidarlo eres tú, Karmi. Si algo preparan ellas con tanta cena, tu serías un estorbo en mi libertad de acción. Y, ¡por la merced de las mercedes!, hazme el señaladísimo favor de recordar que para mi no son dos viudas ni feas ni bonitas, sino dos indiferentes con las que cenaré. Solo puedo ver en ellas dos posibles enemigos. Si cuando zarpamos compruebo que me equivocado, tanto mejor. Mientras, hay que transigir.

—Como quieras, Carlos. Tengo entera confianza en ti.

Al anochecer, cuando “Cien Chirlos” regresó, Carlos Lezama escuchó su informe.

—Quedan aún dos días de labor, señor. Hemos talado lo más aprisa que podemos, pero entre el galeón y tu velero hay mucho leño que recomponer. Arriba en las lomas siguen los artilleros, y en el barracón hay más armas de las necesarias.

—Buen golpe de vista, guapetón. Esta noche iré a tierra—y el Pirata Negro asió por el coleto de su camisa al lugarteniente—. ¿Recuerdas que hace tiempo estuve a punto de ahorcarte?[4].

—Sí, señor. Fué cuando mataron a Tichli y raptaron a tu señora Karmi.

—Exacto. Abre las orejas. Esta noche podría ser que la señora pensase ir a tierra por cualquier motivo. Si ella invoca su calidad de esposa mía para amilanarte, te autorizo a que la ates con delicadeza, pero la atas. Por ningún motivo té ha de ablandar, así te diga que me están despellejando... Si ella abandona el barco...

—No quiero que me ahorques, señor. ¡Por tu salud y la mía que la señora Karmi no saldrá del barco!

* * *

Diego Lucientes aguardó con cierto récelo la llegada de la lancha que, partiendo del costado del velero, venía hacia el galeón.

¿Habría hablado “Cien Chirlos”, pese a su encarecido ruego? ¿Venía Carlos Lezama a reprocharle su nocturna escapatoria?

Avanzó al encuentro del Pirata Negro sin gran regocijo, pero a las primeras palabras que oyó sintióse reconfortado y agradablemente sorprendido.

—¿No querías cenar en compañía de dos damas inglesas, “Medio Brazo”? Vamos a ello. Nos han invitado, y pecaríamos de timoratos y poco galantes si nos rehusásemos.

—Me complace, señor. Y debo confesarte humildemente que anoche... cené con ellas. ¿Y ves? Sigo en vida. No cenan más que lechuga y pescado. No piensan comernos.

De soslayo el Pirata Negro contempló al madrileño.

—Podría recordarte que por amistad te rogué que no fueras.

—Nunca quiero perder tu amistad, señor Lezama. Pero... ¡es tan sugestiva Ana Honey!

—Poeta y borrachín, loco y pendenciero, tahúr e impertinente..., esto es lo que siempre fuiste. Pero no ¿contaba con que me resultases un viudo inflamable y enamoradizo.

Entraron ambos en la lancha. Lucientes mordióse los labios indeciso.

—Veamos, señor. ¿Hice acaso voto de eterna viudez inconsolable? Amé a Gabrielle..., pero ¿no necesita la pequeña Gaby una madre?

—No te escudes tras la niña. Eres muy dueño de tus actos, bachiller. Ahora, cambiemos la conversación de rumbo. Vamos a una cena galante. En Gran Bretaña es costumbre bienquista el floretear. Llaman así a nuestro piropo prolongado en conversación. Decidido voy a piropear a Mary Dear, la hosca y amenazadora amazona.

Diego Lucientes pestañeó y pellizcóse el labio inferior.

—También tú eres dueño de tus actos, señor. Aunque... turulato me dejas. ¿A qué obedece el nuevo rumbo de tu velamen?

—Imaginativo que soy. Suponte que ellas tengan trastienda; que haya celajes ocultos. Y sea la cena emboscada a la que quisieron hacer acudir a Karmi.

—Permíteme hacer patente el hecho de que ayer cené con ellas y nada ocurrió que ante testigos y en cualquier salón palaciego no pueda ocurrir.

—Hay cañones en aquellas lomas. Si saben ya que somos honestos mercantes, ¿para qué tanta precaución?

—Libres son también, como tú, de sospechar cosas imaginarias.

—No tan imaginarias, en nuestro caso. ¿No fuimos piratas? ¿No pueden ellas ser… algo semejante?

—Vacilaste porque seguramente te diste cuenta que mal pueden serlo Cuando empiezan por no poseer barco. Y no tienen traza de criminosas.

—Les sobra la traza a los que ellas llaman sus servidores. Sea como sea, he decidido fingir que Karmi me harta, que Karmi es soportada tan sólo por ser la madre de mi hijo. Si supieran que la amo, si supieran que por ella daría la sangre de mis venas…, y suponiendo que fueran lo que sin pruebas sospecho, ¿no comprendes que podrían pedirme por ella un fuerte rescate? Eso aun sería lo de menos, que en proponiéndomelo yo y con tal acicate, del mismo centro de la tierra sacaría oro. Pero hay siempre deslealtad en esos tratos en que se juega con leales sentimientos. Por eso Karmi no nos acompaña…

—¿Te ofenderá que me ría, Señor? Es con afecto. Me demuestras que quieres tanto a Karmi, que tu buen juicio está algo nublado.

Al pisar la arena, remachó Diego Lucientes:

—Es como si pretendieras hacerme creer que Ana Honey maneja espada.

—Por de pronto, maneja artera seducción, y ésa es peor arma, mi señor viudo enamoradizo.

CAPITULO VII

La emboscada

El comedor al que Penèlope introdujo a los dos invitados era de lujoso y confortable aspecto. Mary Dear inclinó secamente la cabeza, mientras Ana Honey correspondía al saludo de los dos hombres con graciosa reverencia.

—A vuestros pies, señoras—saludó el Pirata Negro—. Excusaréis a mi esposa, pero felizmente logré evitar que viniera. ¿Puedo ser sincero?

—Sin duda alguna — replicó Ana Honey—. Tomad asiento. Aquí, capitán Lezama, junto a mi amiga. El capitán Lucientes y yo os daremos frente ¿Cuál es la sinceridad que nos queréis manifestar?

—Tengo la idea de que en una cena donde asisten tres damas y dos caballeros, hubiera sobrado una persona: mi esposa. Perdonad esta declaración... pero llevo varios años de casado.

—Los mismos que yo de viudo—se apresuró en manifestar Lucientes.

—Queda, pues, explicada la razón por la que hemos acudido presurosos. ¿Es vuestra doncella la mujer que nos ha acompañado hasta aquí?

—Si. Su nombre es Penélope. Fiel y hacendosa.

—Muy certeramente escogida. Su poco agraciada figura hace resaltar aún más vuestra sin par hermosura. De la dama inglesa tenéis ambas las mejores cualidades. Vos, Ana, la aparente fragilidad delicada, y vos, Mary, la prestancia arrogante que supera en perfección a las estatuas de los frisos atenienses.

Mary Dear miró con expresión reprobatoria a su compañero de mesa.

—Galante os encuentro, señor—dijo sin sonreír—. ¿Se disipó vuestro dolor de cabeza?

—Persiste. Lo achaco a vuestro desdén, Mary. Creo que si me sonrierais quedaría espontáneamente curado.

—Vuestra esposa es la más indicada para curaros.

—Los remedios caseros llega un momento en que ya no surten efecto, Mary. ¿Puedo serviros vino?

Escanció Lezama en las copas, y sólo cuando ambas hubieron bebido, bebió.

—Desearía que el galeón estuviera desfondado — manifestó Lucientes—, porque así nuestra estancia se prolongaría, permitiéndonos conocer mejor mutuamente, Ana.

—Cuando el amor aparece un solo minuto, vale por siglos—dijo Lezama—. ¿No es así, señoras? Si el diosecillo Cupido lanza su dardo, ¿qué importa el tiempo? Es más: creo que para casarse hay que hacerlo aprisa, sin meditarlo, casi sin apenas haber hablado dos veces con la elegida. La sorpresa es mayor, porque nos vamos conociendo a medida que pasa el tiempo, y no se corre el peligro de que un largo noviazgo nos traiga ya aburridos al casorio.

—Esta es también mi opinión — aprobó Lucientes calurosamente—. ¿Y la vuestra, Ana?

Ella asintió, risueña. Mary Dear por vez primera sonrió..., pero con desdén. Y preguntó inopinadamente:

—¿Pretendéis engañarnos, Lezama?

—¿Yo? No comprendo el alcance de vuestra pregunta.

—Mi amiga tiene cierta propensión a mostrarse brusca—aclaró Ana Honey—. ¿Os apetece un poco más de pastel de liebre, capitán Lezama?

—No insistas en fingir tú también que ignoras lo que ocurre, Ana—reprochó Mary Dear—. Sabes tan bien como yo que el capitán Lezama no ha hecho más que mentir desde que rechazó mi invitación de anoche.

—¡Diantres, señora!—sonrió Lezama—. Tenéis una forma tan directa y franca de entrar al abordaje, que es imposible molestarse, porque se os ve venir aunque me dejéis bamboleante y malherido. Yo quisiera merecer toda vuestra simpatía, pero percibo que no os soy grato. Me acusáis de mentiroso; ¿puedo saber vuestras razones?

—Habéis iniciado una conversación de frívola vaciedad, y en

vuestros ojos chispea alternativamente cierto recelo y cierto sarcasmo — especificó Mary Dear incisivamente—. Pretendéis que vuestra esposa no acudió porque os estorba. Anoche inventasteis un inexistente dolor de cabeza. Negad cuanto afirmo.

—Me apena negaros algo, mi bella Mary, pero debo negar del primero al último de vuestros alegatos. Si tacháis mis frases de frívolas y vacuas, es porque no doy más de mí. Que mi esposa es un serio estorbo, os lo garantizo. Y que anoche mis sienes repiqueteaban es tan cierto como vos sois prodigiosamente bonita. Atended mis argumentos: si anoche fingí jaqueca, según vos, para no venir, ¿por qué, entonces, ahora he venido? ¿Y por qué no había de acudir a una inocente cena amistosa? Que mi esposa estorba, queda demostrado porque somos dos parejas bien acopladas. De lo único que me siento culpable es de no hallar frases que consigan disipar un enojo que desde mi llegada parezco haber suscitado en vos, torpe de mí...

Mary Dear meditaba. Deseaba convencerse, y terminó de disipar su recelo la apasionada luz que brilló en las negras pupilas de su invitado.

—Suspicacia de mujer a quien muchos hombres pretendieron engañar— acotó Ana Honey— ¡A nosotras, mujeres, se nos engaña tan fácilmente! Y los españoles tienen tan mala fama...

Protestó Diego Lucientes... La cena llegó a feliz término. Mary Dear abandonó su fría reserva, pero siguió siendo la representación de una honesta viuda británica.

Y al despedirse los dos amigos, prometiendo volver al mediodía siguiente, Ana Honey resumió su plan.

—Mañana terminaremos la comedia, Mary. Cuando ellos dos, desarmados, sepan ya quiénes somos, atacaremos sus barcos. Que Penélope ponga drogas adormecedoras en el vino de los leñadores... Y a ambos capitanes les haremos saber nuestras peticiones.

—Podíamos haber empezado así desde un principio.

—Consideré mejor adormecer la desconfianza del capitán Lezama.

* * *

A la mañana siguiente, Karmi aguardó las explicaciones de su marido. Éste, sabedor por “Cien Chirlos” de que ella no había abandonado el camarote, estaba ya tranquilo respecto a la sumisión

de su esposa.

—Creo que me he equivocado, Karmi. Estas dos inglesas pueden muy bien ser, como pretende Lucientes, dos excéntricas solitarias, rodeadas por los antiguos marinos de sus respectivos cónyuges. Mañana zarparemos, y permitiré que con el estudiante te rías de mi prudencia, impropia, quizá, del que fué Pirata Negro, pero muy acorde con mi actual profesión y calidad de esposo y padre.

Cercano el mediodía, cuando llegó Lezama a la playa, paseaban ya por ella Ana Honey y Diego Lucientes.

—Mary os espera, capitán Lezama. Tiene que consultaros una preocupación que la atosiga.

—Más que correr, vuelo, al anuncio de tal honor. Si puedo disipar una preocupación en Mary Dear, seré un hombre afortunado.

Mary Dear, sentada en un diván, acogió casi sonriente al Pirata Negro. Le señaló el sillón frente a ella, con su mano izquierda.

—Tiene que haber ocurrido un milagro, Mary, para que vos solicitéis mi ayuda.

—No es ayuda ninguna. Os exijo que contestéis sinceramente, Carlos Lezama. ¿En cuánto valoráis vuestra vida?

El Pirata Negro frunció el entrecejo.

—¿Mi vida? Depende de las circunstancias y de los momentos. Hace cierto tiempo la valoraba escasamente, y hoy no hay oro suficiente para tasarme.

—Necesito una contestación categórica. ¿Estais dispuesto a dar mil libras esterlinas si os dejo libre?

—Libre soy, señora, desde que nací. ¿Es un pasatiempo inglés el que inspira vuestras palabras que no comprendo?

Mary Dear alzó el brazo derecho, que hasta entonces parecía colgar indolentemente detrás del diván. Una espada se cimbreó al extremo de su de su brazo y la punta se apoyó en el pecho del Pirata Negro, sentado frente a ella.

Carlos Lezama rió con cierta estupefacción.

—¿Una espada en mano femenina? Excéntrica situación, Mary. Si habéis querido sorprenderme, lo habéis conseguido.

—Se acabó la farsa, español. Tú eres mi prisionero. No intentes resistir, porque te mataré.

—Soy tu prisionero voluntario porque eres bella, y tendrás que

matarme porque difícil me va a ser el resistir al deseo de estrecharte entre mis brazos.

—¡No te muevas!... Mientes amores, porque tú sólo amas a Karmi, tu esposa. Y ahora vas a saber quién soy. Fui 1a amiga de “Brandy John”. ¿Has oído hablar de él?

—Supongo te refieres al pirata John Reckam. El que mató al capitán pirata Vane.

—Sí. Porque yo se lo aconsejé.

—Deber de amantísima esposa es aconsejar al marido. ¿Qué más quieres contarme?

—Maté de un pistoletazo a “Brandy John” cuando requirió de amores a Ana.

—Justo y definitivo castigo a su infidelidad. Confío en que le sirvió de escarmiento y no reincidió. Bien, ¿y a qué me cuentas esas cosas?

—Para que sepas quién soy y no te burles más de mí.

—Ya. ¿Quieres imponerme respeto? Un poco de miedo, ¿no?

—Si tienes o no miedo, eso no me interesa. Lo que quiero es que acates cuanto te ordene.

—Ordéname que te bese, y acato raudo y veloz. Pero, por lo demás, me parece que va a ser difícil que nos pongamos de acuerdo.

—¿Te das perfecta cuenta de que un acero puede horadar tu pecho? ¿No ves la espada?

—Disfruto de excelente vista, y me causan hilaridad tus esfuerzos para que tiemble. Eres demasiado bella para producir temor.

—Tendrás que obedecerme. Mandarás a uno de tus hombres a recoger, donde tú le indiques, mil libras esterlinas. Cuando estén en mi poder, podrás irte.

—A lo mejor las tengo en mi bolsillo. ¿Por qué no vienes a buscarlas?

Con felina elasticidad dejóse caer hacia atrás el Pirata Negro, volcando el sillón en que se hallaba sentado.

Abalanzóse ágilmente hacia delante Mary Dear, poniéndose en pie. Pero ya el Pirata Negro, con un salto, había desenvainado, mientras en el suelo daba una vuelta sobre sí mismo, y enfrentóse en pie con la inglesa, agitando sonriente su espada.

—Ya te dije que nosotros teníamos opuestas estrategias, Mary

Dear, pirata con faldas tentadoras. No tengo por costumbre cruzar mi acero con femeninas espadas. Han cambiado las tornas: tú eres mi prisionera. No mantengas inútilmente tu espada en guardia. Ríndela.

—Te engaña mi sexo, español.

—Lo que a la vista está, ni a un ciego engañaría, inglesa.

—He matado en duelo a expertos espadachines, porque “Brandy John” me aleccionó en todos los secretos de esgrima.

—Mejor hubiera hecho en aleccionarte en el uso del abanico. “Brandy John” era un pinchacarnes. No me asomaba aún el vello en el labio, cuando yo era ya ayudante de un maestro italiano de esgrima. Y basta ya, inglesa. Me produce irrisión y pena verte imperiosa y dominante con un acero que sólo los hombres tenemos derecho a empuñar.

Mary Dear atacó con largas estocadas de firme trabazón. El Pirata Negro las fué parando una tras otra, pero iba reconociendo que la inglesa no se vanagloriaba al jactarse de poseer a fondo los secretos del arte de la esgrima…

Oyó Lezama una exclamación de asombro que procedía del jardín delantero de la casa.

Mientras paraba dos peligrosos punterazos que consecutivamente le asestaba Mary Dear, identificó en el asombrado grito la voz de Diego Lucientes, y simultáneamente oyó el rumor inconfundible de dos aceros entrechocando violentamente…

* * *

Diego Lucientes intentaba echar mano a todos sus recursos de elocuencia para explicarle a Ana Honey su desazón.

—Os parecerá locura, Ana. Vengo ensartando divagación tras divagación, pero sostengo que basta un segundo para tener la certidumbre de que el amor nos ha vencido. Ved que es cierto lo que el capitán Lezama afirmó anoche, ya que lo he experimentado prácticamente. Hay minutos que cuentan por siglos. El minuto, por ejemplo, en que por vez primera os vi… Perdonad si yo no puedo imitar la cualidad inglesa de ser circunspecto y reservado en la exteriorización de mis sentimientos. Os amo, Ana. Honestamente os suplico que me deis esperanzas. Mi. galeón necesita el calor de ternura de una mujer que sea mi espora.

—Sabed que soy muy exigente, Lucientes, ya que por dote tengo

muchas libras esterlinas.

—El galeón vale una fortuna y es vuestro.

—Así lo creo. El galeón está anclado y no os pertenece mientras no zarpéis. Consideradlo preso.

—Compruebo ahora que es cierto que en Gran Bretaña adolecen del defecto de tomar a chanza los momentos serios. Y estimo que sólo hay tres momentos en que un hombre debe ponerse serio: el primer día que envaina espada, el día en que declara su amor y el día en que se siente morir.

—En los dos últimos días estáis.

—No bromeéis, Ana. Os amo; quizá porque os presiento fría y egoísta. ¿Tan poco valgo, que os burláis de mí?...

—Valéis mucho, Lucientes—y Ana Honey entró en el pequeño jardín, acercándose a un escabel sobre el que se cruzaba una espada desnuda—. Os valoro en mil libras esterlinas. Ese es el precio de vuestro rescate.

—Para broma os repetís, Ana. ¿Qué queréis significar?

—Que te consideres prisionero mío

—replicó Ana Honey, desaparecida ya de su rostro toda ficticia amabilidad. Y, a la vez que hablaba, cogió rápidamente la espada, que con diestra postura dirigió a la garganta del madrileño.

—Veamos, veamos—sonrió Lucientes—. Si esto es británica venganza humorística por nuestros infundados recelos, bien va. Si os vierais, reconoceríais que estáis graciosísima. La espada no sienta a vuestro género de belleza.

—He guerreado en Flandes y he sido tripulante maniobrero en barcos piratas.

—¡Huy, qué espanto!—rió Lucientes, creyendo en la continuación de la intempestiva broma—. ¿Piratas, nada menos? ¿De esos con barbazas y sables? ¿Y vos entre ellos con vuestra esbeltez llenita y vuestras manos de nardo?

—Hubo un aficionado poeta que las tildó de curtidas por la brea y la pez. Mi espada le atravesó de parte a parte.

—Perdonad que os diga que me disgusta oír tales frases de matachín en vuestros bellos labios..., Pero, ¡cuidado, Ana!

La punta de la espada acababa de arañar la garganta del madrileño, que tuvo que imitar, sin saberlo, el gesto del Pirata Negro.

Retrocedió, desenvainando.

—Puesto que habéis entablado un diálogo espada en mano, quiero primero desarmaros, si es preciso, y después besaros para borrar el mal efecto de esta chanza neblinosa, propia de vuestro país de brumas... ¡Cuernos!

El grito del estudiante fué provocado por el aluvión de diestras estocadas que incesantemente le prodigaba Ana Honey.

Toda la experta maestría del espadachín madrileño veíase apurada para mantener a raya la feroz acometida insospechada.

Pero, aunque rabiosamente mortifícado en su fuero interno, fué con sonriente semblante que con seco golpe de muñeca desarmó a la inglesa, cuya espada saltó unos pasos más allá.

—No vayas a por ella, Ana. Te fatigaría tanto ir y venir. Ahora, quiero besarte...

Enmudeció de repente, porque dos fríos cilindros se apoyaban en su cuello. Y el cañón de las dos pistolas manejadas a su espalda resultó menos amenazador que la voz del inglés que preguntó:

—¿Le salto los sesos, Ana Honey?

* * *

Mary Dear sintió que se hallaba ante un esgrimista conocedor de todos los recursos, ataques y contraataques, así como de los golpes secretos.

Un esgrimista invencible que semejaba estar dando una clase en un salón de sociedad.

Pero ya que había contado con vencer fácilmente a un simple marino mercante, procuró lograr resistir cuanto le fuera posible, en espera que sus hombres llegasen.

Conservó la serenidad mientras oía las burlonas advertencias del Pirata Negro.

—¿No recibiste lecciones de "Brandy John"? Añadiré otras mejores... ¡Para en tercia! ¡Sesga en cuarta! ¡Traba en quinta! Cuidado con tu muñeca, Mary querida. ¡Ya a saltar la guarda de tu mano! ¡Hecho!

Recogió hábilmente en el aire la espada despedida de manos de la pirata y la hizo resbalar tras el diván.

Al ella volverse hacia la puerta, donde aparecieron varios sujetos armados con sendas pistolas, el Pirata Negro la enlazó por la cintura, manteniendo su espalda contra su pecho.

—Tú y yo juntos en nuestro último viaje, Mary Dear. Un gatillo que se escape… y tu cuerpo servirá de bello estuche a mi espada… ¡Atrás, vosotros! A menos que os tenga sin cuidado ver morir a una paisana vuestra…

—¡Quietos!—recomendó Mary Dear sin inmutarse—. Quedad donde estáis. Yo le explicaré la situación al español, y comprenderá que no tiene otra solución que la de rendirse.

—¿Rendirme?—y contempló el Pirata Negro el rostro femenino, cuya mejilla rozaban sus labios—. Me rindo a la evidencia de que acerté al suponerte muy distinta a la viuda que fingías ser. Me reprochaste no saber mentir. Tampoco tú sabes, Mary Dear. Demasiado hábito de mando hubo en tu primera acogida. No quieras deshacer mi abrazo, porque eres mi tabla de salvación. Vas a acompañarme a bordó, y de que yo llegue o no hasta mi cubierta depende el que tú no le vayas a hacer compañía a tu viudo Reckam para seguirle contando a él tu pasado tenebroso.

Los cinco piratas ingleses no hacían el menor movimiento, observando la espada del Pirata Negro, cuya punta reposaba en el costado derecho de Mary Dear.

Abrieron paso a varios compañeros que traían atado a Diego Lucientes, tras del que entró Ana Honey, reprimiendo una exclamación de enojo.

—¡Deja libre a Mary!—gritó.

—Por si acaso, ocúpate tú de no moverte de donde estás, amiguita— bisbiseó secamente el Pirata Negro, sin qué su brazo izquierdo rodeando la cintura y los brazos de Mary Dear le permitiera a ésta verificar ningún movimiento—. Y que tus hombres. Ana Honey, imiten la sensata actitud estatuaria de los otros. El paisaje está tan despejado como el día que nos alumbra. Mary Dear vendrá conmigo, cuando despejéis la puerta. Fíjate con qué cariño la abrazo. Sólo pienso soltar su cadáver si queréis impedirme llegar a bordo.

—¡Mataré a Lucientes!—gritó Ana Honey.

—Vaya, ya me tocó la china a mí —gruñó Lucientes, mientras Ana Honey, cogiendo de manos de un pirata la pistola, la aplicaba en el pecho del amarrado Madrileño.

—¿Qué opinas, “Medio Brazo”? ¿Te matará?

—Bien lo merezco, señor. No hagas caso de ella. Tu sitio está a

bordo del “Redención”. Y mi sitio está en el Caldero donde cuecen a los tontos de capirote.

—¿Has oído, Ana? Diego Lucientes, el viudo enamoradizo, tu rendido admirador a quien heriste de agudo flechazo está dispuesto a que acabes de herirle mortalmente. Pero te advierto que Mary Dear irá a sumergirse al mismo tiempo en otro caldero de los que cita Lucientes. Es el caldero de las viudas que lo fueron por matar a los interfectos. Bien; empezad a dejar libre el paso hasta la puerta. Si a mí me valoráis en mil libras, no creo que valoréis en mucho menos a Mary Dear.

—¡No te impacientes, Mary!—gritó Ana Honey—. De tu vida me responde la de ese español que he apresado...

—Y tan apresado... — masculló el aludido—. Por la glándula cardíaca y por el cogote. No hay quien escape a esas dos cadenas. Cuando estes a bordo, señor Lucientes, acuérdate de la pequeñuela... A Karmi no le pesará, porque es buena...

—Antes de salir, español—silabeó Mary Dear—, bueno es que sepas que tus leñadores han sido narcotizados por Penélope. Tienes, pues, diez hombres menos y fuera de combate a tus dos lugartenientes. Nuestra artillería disparará cuando Ana lo ordene...

—Y el primer proyectil será tu amigo—remató Ana Honey—. Tenemos un mortero con el que los cuerpos humanos alcanzan la misma expansión de las granadas. Y Diego Lucientes quedará destrozado contra tu barco.

—Alegre perspectiva, ¿no, señor Lezama? Déjalas que sigan exponiendo sus juegos florales. Tu sitio está a bordo del velero, y mientras abraces tan diestramente a Mary Dear sin que se melle la punta de tu espada, estás seguro de que llegarás allá sin contratiempos.

—¡Hundiré tus barcos!

—Con Mary a bordo, se hundirán a placer. Hazme el obsequio de avanzar calmosamente, viuda Reckam.

—Tu brazo me priva de respirar normalmente, español. Me haces daño—dijo ella, mirando de soslayo al que la mantenía estrechamente abrazada de espaldas contra su pecho—. Oprimes bestialmente.

—No es un rigodón el que nos reúne, Mary Dear. ¡Por última vez! ¿Abrís paso, o no? Contra dos mujeres nunca he luchado, y me

doy cuenta que se pierden horas en continuas charlas. Algo así como los chalaneos en las ferias.

—Es que tienes que cerciorarte de que estás perdido—dijo Ana Honey.

—Un consejo amistoso os voy a dar. Siempre en mis discusiones con hombres he actuado sin tanto discurseo. En consideración a vuestro sexo, me avengo a discutir los pros favorables y los contras. Devolveré a Mary Dear intacta cuando a mi borde estén Diego Lucientes y los doce bribones que se han dejado narcotizar. Zarparemos y asunto olvidado. ¿Que tenéis cañones apuntando a mis barcos?... Mis barcos apuntan a vuestros cañones y a las edificaciones. ¿Diego Lucientes está preso y bajo la pistola que su amada sostiene con firme pulso? Más firme es mi pulso, y lo puede atestiguar Mary Dear. Yo no he matado nunca a una mujer, ni lo pienso hacer, a menos que me obliguéis a ello.

Los ojos de Ana Honey relampaguearon iracundos. —Si Mary Dear sufre el menor daño, yo te juro que Diego Lucientes y tus doce hombres serán torturados.

—Mas aún quieres torturarme? — preguntó Diego Lucientes.

En la sala irrumpió la mole de Penélope, que acudía respirando entrecortadamente, como quien acaba de correr un largo trecho.

Examinó la posición comprometida de Mary Dear, así como la de Diego Lucientes, y sonrió triunfalmente.

—Yo traigo la mejor arma, Mary Dear, vociferó la criada.

—Magnífico sebo para cañones es el que veo—replicó Diego Lucientes.

Penélope inclinóse al oído de Ana Honey, hablando precipitadamente. Y Ana Honey besó jovialmente en ambas mejillas al horrible adefesio con faldas.

—Has tenida una gran oportunidad, Penélope, y has sabido demostrarnos que tienes el ingenio de las circunstancias.

—Amiguita Ana, después podrás intercambiar cumplidos con tu doncella, que ahora no es la ocasión.

—Siempre has sido galante, capitán Lezama—sonrió Ana Honey sarcásticamente—. Aguarda, pues, un instante más. Tú, Penélope, vete allí y continúa en tu vigilancia. No te preocupes por Mary, ya que ahora... no corre ningún peligro.

Diego Lucientes observó perplejo como Ana Honey quitaba de su

pecho la pistola.

—Mejor harás dejando libre a Mary, capitán Lezama. Cierta persona muy de tu agrado ha bajado a tierra, y Penélope, con muy buen acuerdo o iniciativa, mantiene presa en un lugar sólo por ella y por mí conocido, al mejor de los rehenes: tu esposa, la hechicera española Karmi.

CAPITULO VIII

Trágicos amores

La declaración de Ana Honey aportó cierta inquietud en el ánimo del Pirata Negro, pero también le tranquilizó la idea de que Ana Honey podía haber fingido la captura de Karmi...

—No te valen las artimañas, Ana Honey. No cabe duda que las mujeres sabéis sacar el máximo jugo a todas las situaciones..., pero yo empiezo a cansarme de tanto charlar y también de ese abrazo obligatorio que tengo que darle a Mary Dear, la cual no dudo que también debe estar cansada.

—Más se puede cansar Karmi de gritar inútilmente, para que acudas en su ayuda—susurró Ana Honey—. Te advierto que Penélope ha actuado años y años como verdugo especial. Conoce no tan sólo los tormentos piratas, sino también los refinamientos orientales...

Diego Lucientes se estremeció, pero el Pirata Negro fingió reír con incredulidad.

—Más vale esa paloma en mano, que tus cien perdices volando, Ana Honey. Yo no te hablo de martirios, porque tengo a Mary como rehén, y, por tanto, no he de imaginar lo que no es realidad.

—¿Dudas de lo que te afirmo, Lezama?—y Ana Honey, aunque le hablaba al Pirata Negro, miró a Diego Lucientes con repentina inspiración. —¡Soltad a este hombre!—ordenó a sus piratas.

Libre de sus cuerdas, el madrileño acercóse a Ana Honey, la cual retrocedió encañonándole.

—No te he libertado para que pretendas imitar conmigo la jugarreta de Lezama con Mary.

—¡Será desconfiada!...—sonrió Lucientes, tomando por testigo al Pirata Negro—. Yo que iba a agradecerle su generosidad y repetirle

mi amor... ¡Me creas o no, Ana!

—Ahora no es el instante—replicó Ana Honey—. Te he libertado sólo con una finalidad. La de que convenzas a Lezama de que yo no amenazo nunca sin fundamento.

—¿Yo convencer al capitán Lezama? Vosotras que sois dos mujeres, la una hablando y la otra abrazando, y no le convencéis, ¿cómo voy yo, pobre mancó, a intentar...?

—¿Es que no os dais cuenta de la situación? — gritó Ana Honey —. ¡Tu esposa está en mi poder!

—Con la misma energía te afirmo yo que tu viudo está en mi poder—rebatió Lezama—. Hablar de inexistentes presas es artimaña muy conocida. Aquí la única mujer presa es Mary Dear.

Ana Honey, con el cañón de la pistola, fué puntuando las palabras que decía:

—Vete a bordo de los dos barcos, Lucientes. Busca a ver si encuentras por parte alguna a la esposa de Lezama. Registra por doquier. Regresa o no: yo te doy libertad.

—Sabes que juegas conmigo, porque si bien cumpliré este cometido para cerciorar al capitán Lezama que su esposa está a bordo, preso quedo tuyo, Ana Honey.

—Nos bastará con Lezama...—dijó fríamente Ana Honey—y su esposa. Tú, Lucientes, nos serás más útil yendo a reunir el rescate que por ambos te fijaré.

—No es preciso que Lucientes vaya a bordo—sugirió el Pirata Negro—. Yo no puedo eternizarme aquí. Bastará que con sus propios ojos vea si Karmi está presa o no.

—¿Para que, una vez sabedor del lugar, intente liberarla con tu ayuda?—comentó Ana Honey—. Yo, desde mis trece años, he vivido entre riesgos y audacias. He visto luchar, y he aprendido todos los ardides que entre sí emplean los que matarse quieren. También he visto a muchos hombres que ningún aprecio le tienen a la vida, y vosotros dos, españoles, sois de este temple. Pero no os vale vuestra astucia, que más que de mercantes de piratas semeja. No te vale tu artera sugerencia, capitán Lezama. Yo le doy a Diego Lucientes entera libertad para que compruebe si en los dos buques halla el menor rastro de Karmi. Puede también gritar su nombre por toda la costa.

El Pirata Negro, con la cabeza, hizo un gesto imperativo, y el

madrileño salió apresuradamente.

Mary Dear habló por vez primera con lenta entonación:

—¿Puedo sentarme, Lezama? Para mí resultará mejor y para ti tan útil, el qué tu espada me conserve prisionera sentada como prisionera en pie. Porque tu abrazo me duele, Lezama...

Sin galantería, con torva brusquedad, el Pirata Negro, casi en vilo, sujetándola con un brazo inmovilizada contra sí, llevó a la inglesa al sillón más apartado y alejado de Ana Honey y los piratas.

Mientras vigilaba los movimientos de Ana Honey y los otros hombres, no pudo darse cuenta Lezama de una cosa... Mantenía brutalmente enlazada a Mary Dear, a la que sostenía en alto...

Mary Dear nunca había sido brutalizada. A todos los hombres les había ella impuesto su superioridad de serena esgrimista...

Carlos Lezama, sin darse cuenta de lo que en la inglesa sucedía, separó la espada para dejar caer sentada a Mary Dear, a la que asió fuertemente por la nuca.

—Se han terminado las contemplaciones—anunció con dureza —. Vosotras dos no invoquéis mi galantería para nada. No sé si es cierto o no que Penélope mantiene presa a Karmi. Si lo es, si el menor rasguño le inferís a ella, empezaré por estrangularte lentamente, amiga Mary Dear...

—¡Y yo te lo impediré porque dispararé contra ti!—gritó Ana Honey.

—Estoy pensando que me gustaría más tenerte a ti en la posición en que está Mary Dear. ¿Conque dispararás contra mí? Puedes dar por seguro que si hemos de llegar a peleamos, será con evidente placer que te haré rebotar contra el suelo hasta machacarte la cabecita. Por de pronto te anuncio, Ana Honey, que si, como sospecho, estimas muchísimo a tu amiga Mary Dear, procura que nada le ocurra a Karmi, porque le retuerzo el gaznate sin pensármelo un segundo a tu amiga.

—No lo hará—dijo Mary Dear con tranquila entonación.

—¿Por español y por mercante?— sonrió Lezama con enojada zozobra—. Con vosotras no hay galantería, porque entre bandidos no podemos usarla. Y de mercante sólo tengo el aspecto, palomas mías— Su mano presionó la nuca de Mary Dear, que cerró los ojos: —Habla, Mary. ¿Por qué crees que no te he de matar?

—Porque sabes que estás vencido... porque ¡amas a tu esposa!—

y las últimas palabras las pronunció con voz tan alterada que a Ana Honey le abrieron los ojos repentinamente.

Acababa de comprender el motivo de la actitud desconcertante de Mary Dear la noche anterior y el porqué ahora temblaba, ella, la mujer sin miedo...

Y en su fuero interno admitió que Carlos Lezama era el hombre, quizás el único, que por superar en apostura a John Reckam, el temerario y elegante pirata, podía suscitar amor en Mary Dear.

—Si quisiera a mi mujer, tanta más razón para que te conserve cuidadosamente a mi alcance, Mary Dear. De ella me respondes tú.

—Matarla a ella—intervino Ana Honey—; sería entregar a Karmi a los suplicios prolongados que sabe administrarla Penélope.

En la puerta apareció Diego Lucientes. Ana Honey le miró con admirativa aprobación.

—Creí que no volverías, capitán Lucientes, ¿Regresas a la cueva del lobo?

—Regreso al nido de la zorra, Ana. Pero no puedo impedirme el quererte hacer mía.

—¡Habla! — exigió impaciente el Pirata Negro.

Diego Lucientes levantó los hombros con expresión apenada.

—Es cierto lo que Ana Honey afirma, señor — anunció compungido—. Once leñadores están amodorrados y atados en la playa. Entre ellos está “Piernas Largas” también...

—¿Karmi?—inquirió Lezama con redoblada impaciencia.

—No está ni a bordo de tu velero ni del galeón. Dice uno de tus artilleros que ella pidió lancha poco después de irle tú. ¿Cómo iban a impedírselo? “Cien Chirlos” estaba en tierra y no podía, por tanto, vigilar a tu esposa, ni evitar que ella abandonase el velero. Pero no pierdas las esperanzas, señor Lezama, porque... —e hizo una pausa intencionada, con rápido guiño de los ojos que captó Lezama—... el guapetón no está a bordo ni tampoco duerme en compañía del chiclanero.

—¿Qué dices?—inquirió Ana Honey recelosa—. ¿Qué significa “guapetón” y “chiclanero”? ¡Habla de prisa!

—Le he dicho al capitán Lezama que no se desespere porque Karmi no esté a bordo y porque no duerma en compañía de su hijo.

Pensando en que “Cien Chirlos” andaba libre por la playa, sintióse Carlos Lezama algo esperanzado.

Quitó la mano de la nuca de Mary Dear, pero sentado en el respaldo del sillón por ella ocupado, si bien envainó la espada, fué a la vez que su puñal desnudo quedó erecto junto al cuello de la pirata inglesa.

—Aproxímate, Lucientes. Tú y yo haremos compañía a nuestra amiga Mary Dear. Medita en mi proposición, Ana Honey. Cuando yo sepa que Karmi está de nuevo a bordo de mi velero, cuando me lo diga el propio Diego Lucientes, entonces te dejaré libre a tu amiga Mary Dear. Y si queréis rescate, Diego Lucientes irá a buscarlo, pidáis lo que pidáis.

—Dejadme presumir—afirmó el madrileño—. En Francia está la herencia de mi difunta esposa intacta. No la he tocado y creo que suma montones de oro. Entera os la daré, si queréis, por la vida del capitán Lezama y su esposa, ya que es dinero que en el fondo a él le pertenece, por razones que ignoráis[5]. Yo me quedaré aquí por ellos dos. De todas formas, ya he decidido quedarme. Mandaréis un mensajero a por ese dinero.

Ana Honey hizo un gesto y los silenciosos piratas ingleses abandonaron la sala.

—Tendré que decirte. Lucientes, lo que antes citó el capitán Lezama. Más vale pájaro en mano que cien volando. Y Karmi es mi naipe bueno. Voy a recomendar a Penélope que la cuide bien…

—Voy contigo, Ana. Eres mi tirana y lejos de ti no aliento.

Ana Honey hizo un ademán con su pistola.

—Podrás acompañarme hasta donde yo te diga, Lucientes. Pero no intentes rebasar el límite que yo te fije, porque ordenaré que te pongan grilletes y te encierran en calabozo.

—¡Qué frialdad correspondiendo a mi volcánica pasión!—bromeó el madrileño, pero íntimamente sentíase rendido al amor que por ella experimentaba.

Salieron los dos, y Mary Dear murmuró en voz baja, de enronquecido diapasón:

—Has aceptado casi con indiferencia la noticia de la captura de tu esposa. ¿Es cierto entonces que no la quieres?

El Pirata Negro había conocido y tratado toda clase de mujeres. Un indefinible sentido le anunciaba cuando convenía estipular sobre posibles sentimientos. Y decidió experimentarlos en Mary Dear, en cuya actitud percibía algo extraño.

—Yo no soy quien crees, Mary Dear. ¿Me supones un marino mercante?

—No. Desde que llegaste noté en ti algo distinto a los demás. Tus contestaciones, tu temeraria insolencia... no son actitudes de marino mercante.

—Antes adquirí renombre bajo el apodo del Pirata Negro y mi pabellón era un aguilucho...

Mary Dear volvió la cabeza para mirar al hombre que estaba sentado en el respaldo de su sillón, y que sonreía sarcásticamente, con despreciativa dureza. La misma sonrisa que “Brandy John”; la sonrisa del hombre que gusta de las mujeres, pero no siente por ellas respeto.

—Tres... de mi clase—susurró ella. —“Brandy John” hablaba del Pirata Negro a raíz que tú mataste al corsario Gars, “el Albino”[6]. Y pensé en ti sin conocerte, porque el que a nadie temía, huyó con su barco un amanecer en que a lo lejos divisó el pabellón de tu velero... ¡Y ahora reconozco que el barco que lleva la insignia “Redención” era aquel velero! Sólo que entonces llevaba otra palabra.

—Él y yo nos hemos disfrazado, para mejor navegar—dijo el Pirata Negro burlonamente—. Él se llamaba antes “Aquilón”...

—¡Eso es! “Aquilón”...

—Y yo me he colocado la pancarta de mercante. Pero era cuando os suponía damas sin dinero, a. las que no me convenía asustar en evitación de que mandarais aviso a Boston...

—Sin embargo, en Boston confían en el capitán Lezama.

—Porque no saben que soy el Pirata, Negro. Escucha, Mary. Vamos a tratar este asunto como dos camaradas. Entre nosotros, no podemos mordernos. Mi esposa no me importa, pero yo tengo mucho orgullo. Orgullo de hombre a quien nunca nadie ni nada impuso su dominio. En este viaje yo pensaba dejar a la hembra y al crío en Boston, porque ambos me hartan. Aspiro de nuevo a ver mi pabellón ondear imponiendo su terror... Pero así como maté a “Brazo de Hierro”, porque me disputó a una pirata bretona[7], así también te mataré a ti, si tienes el atrevimiento de pedir rescate por mí o matar a Karmi. Casi sería mejor, porque me desembarazarías de ella, pero ahí se juega mi cartel de pirata a quien nadie le ha hecho jugarreta sin que la pague.

Aquella manera de hablar recordaba a Mary Dear el estilo de “Brandy John”. Guardó silencio unos segundos, mirando con intensa concentración los rasgos audaces y burlones del Pirata Negro.

—Sospechaba quién eras… y sé también que hace tiempo vengo esperando en mi vida a un hombre como tú, Pirata Negro. Yo misma ordenaré que tu esposa vuelva sana y salva a bordo. Y quedarás libre de elegir entre ella y yo. Muerto, de nada servirías y no quiero tu oro. Quiero… oírte, aunque tu voz se burle de mí…

Todo el párrafo lo dijo ella con la vista baja. Alzó de pronto los ojos clavándolos en el Pirata Negro. Una sumisión pasional leíase en el semblante autoritario hasta entonces, de Mary Dear…

Carlos Lezama, dominando su íntima alegría por ver ya libre a su esposa, simuló una cínica despreocupación.

—Está ya elegido el negocio—afirmó acariciando rudamente el hombro de la pirata con su diestra—. Yo no quiero a mi bordo una mujer que me dé chillones chotos, sino una bravia y bella valiente como tú, que sepa acompañarme en los combates. Si he insistido en que liberéis a Karmi, no ha sido más que por amor propio herido, Mary, porque yo no soy del cuño de los que admiten imposiciones de mujeres.

—Lo sé. Yo tampoco las admití de ningún hombre. De ti, quizás sí. Porque desde la muerte de “Brandy John” ningún hombre me ha inspirado más que indiferencia. ¿Qué piensas hacer con Karmi?

—Lo que se me antoje y no tengo cuentas que rendirte.

—No es por curiosidad. Es por mi propia satisfacción. Compláceme, Carlos Lezama, que yo he de complacerte siempre en cuanto me mandes.

El Pirata Negro acaricióse el mentón meditativo.

—Verás. Matarla a ella no lo pienso, porque aunque pesaba ya como un fardo en mi existencia, fué buena esclava y la pobre aún me quiere. Demosle rienda suelta y que se consuele con el mocoso. Los llevaré a ambos a Boston, y después vendré en tu busca. Si quieres, puedes acompañarnos. No pienso hablarte de amor, porque yo no miento inútilmente. Odio la mentira inútil, Mary Dear. Sólo la comprendo cuando se trata o de salvar la vida o de salvar oro.

No te amo… aún, pero presiento que contigo a mi lado, en el mar impondríamos el terror. Y presiento que tu amor debe ser fiero

y absorbente…

Diego Lucientes entró imprecando en voz baja…

—Ana Honey colocó una barrera humana entre ella y yo—explicó—. Tiene por lo visto la sensación de que yo pretendía saber el lugar donde tienen prisionera a Karmi. Me gustan las mujeres, pero siempre odié en ellas esa endiablada desconfianza que siempre manifiestan.

—No caviles más—sonrió el Pirata Negro—. .Y no finjas lo que no eres, “Medio Brazo”. Mary sabe quién soy, y ahora va a saber que tú perdiste el antebrazo cuando saqueamos un galeón español. El pelirrojo es mozo entero, Mary, aunque le falte un pedazo de carne. Pero tiene un defecto. Ama con poesía a mujeres que piden látigo…

Ana Honey entró en la sala, y Mary Dear fué la que primero habló. Lo hizo en tono imperativo:

—Quiero que Karmi sea llevada sana y salva a bordo del velero, Ana.

—Es presa en cuyo rescate vamos por partes iguales, Mary—protestó Ana Honey.

—Hago uso de nuestra facultad mutua de disponer de los rescates. No quiero rescate alguno por Karmi… que es la esposa del Pirata Negro. Ana Honey miró a Carlos Lezama sin demasiada sorpresa.

—¿Tú eres el Pirata Negro? Debí figurármelo: los marinos mercantes son rudos como tú, pero no emplean artimañas de pirata. Escúchame, Mary: yo creo que en tu resolución interviene otro sentimiento…

—¡Qué te importa!

—Que no me importa—repitió Ana Honey calmosamente—. Pero suponte que él quiera a Karmi. Si la dejas libre él se irá con ella…

—Amiguita Ana Honey. Con gran respeto te aconsejaré que metas tus lindas narices en tus propios asuntos y pañuelos. Mary hace lo que quiere porque así lo quiere. Y ni ella ni yo necesitamos tu opinión.

Ana Honey se encogió de hombros.

—Tu misma liberta a tu rival, Mary, Yo no admito tal responsabilidad, porque un día podrías echármelo en cara.

Mary Dear se levantó y no hubo arrogancia ninguna cuando delante del Pirata Negro le dijo, mirándole rectamente:

—Sabes que no te estoy mintiendo, Pirata Negro. Tengo que salir para ordenarle a Penélope que ella misma devuelva a tu bordo a Karmi. Si desconfías de mí, acompáñame o no me dejes salir.

—Yo desconfío siempre de todas las mujeres, pero no me rebajo a permitir que puedas suponer que soy un imberbe jovenzuelo que no sabe cuando una mujer le dice o no verdad. Puedes ir sola.

—Llamaré a Penélope y le diré que lleve a Karmi a bordo de tu velero. No quiero verla a ella personalmente, porque... podría matarla.

El Pirata Negro palmoteo en el hombro de la pirata inglesa, con recia caricia.

—¿Matarla? ¿Por qué?

—Porque te quiso... y la quisiste. Pero al darle libertad le demuestro a ella que no la considero rival.

Andando con calmosa decisión salió Mary Dear, sin que el Pirata Negro hiciera el menor gesto para detenerla.

—¿Ya no sospechas de ella?—inquirió Ana Honey—. Mary era tu naipe defensivo...

Lanzó el Pirata Negro su característica carcajada.

—Tengo muchísimos otros naipes escondidos, Ana Honey. Entre otros tú misma.

—¿Yo?

—Me gustan tus manos. Son blancas y firmes... pero ahora están desnudas. Y sería con gran placer que te rellenaría de plomo si Mary, que no lo creo, me hace alguna jugarreta. Pero verás, he vivido mucho tiempo entre mis colegas; sé que todos son extravagantes, y a veces geniales aun dentro de su misma vileza. Y Mary Dear cumplirá lo que ha prometido.

—¿Por qué te ama?—preguntó Ana Honey, burlona.

—No. Porque quiere que yo la ame.

* * *

Cuando rondando las doce del día, Penélope apareció con una bandeja rebosante de vituallas flanqueadas por tres frascos de vino, “Piernas Largas”, sediento, apagó su sed vaciando casi por entero un frasco.

Mordió vorazmente, y con el rostro churretoso de grasa, fué

vigilando el reparto de vino y carne entre los demás leñadores.

"Cien Chirlos", empuñando medio pollo y el frasco con lo que había dejado "Piernas Largas", miró a Penélope.

—¿Por qué cuernos me atisbas con cara de vaca degollada, maldita seas? —preguntó a la inglesa—. Voy a comer y me quitas el hambre.

—Tú ser bruto—replicó ella, amablemente, conquistada por la primitiva presencia de "Cien Chirlos".

—¡Anda! Te conoce ya, carota—comentó el andaluz—. ¡Echale otro piropo! Ella acaba de lanzarte una flor...

—Lo que voy a lanzarle va a ser... ¡un troncazo!

Y "Cien Chirlos" volvió la espalda a la mujerona. Pareció beber, pero el vino empapó su coleto sin que una sola gota pasara por entre sus labios.

Sus pensamientos desde el día anterior eran positivamente claros.

—"Si "él" desconfía es que hay para desconfiar. Si esta mujer nos trae tanto pienso, no es por contentar nuestros estómagos. Y esa mujer trae cara de ser capaz de..,"—y no hallando bestialidad suficiente, meditó hasta dar con ella—"...haber matado a su padre y a su madre cuando cumplió los cuatro años".

El medio pollo quedó estrujado entre su manaza y cuando la criada se hubo ido, "Cien Chirlos" soportó por unos instantes las bromas del chiclanero. Las hachas siguieron funcionando...

De pronto, "Cien Chirlos" que prodigaba sus hachazos, notó un repentino silencio y el progresivo enmudecimiento de los hierros chocando contra la madera, le alertó.

"Piernas Largas" cerca de él, estaba tendido y suspirando beatíficamente. Airado, "Cien Chirlos" le asestó un recio puntapié en las posaderas.

—¡A dormir a la cuadra, andaluz! ¿Te has creído que...

Pero quedóse mudo de asombro al ver a los diez restantes leñadores esparcidos en diversas posturas yacentes, como si hubieran caído derribados por un rayo fulminante.

El entendimiento del lugarteniente de Lezama no era muy despierto, pero en cuanto fueran cuestiones propias de su oficio de pirata, sabía comprender rápidamente.

Y ahora comprendía que estaban todos bajo el efecto de alguna

droga adormecedora.

Meditó en lo que debía hacer. Regresar a bordo, estando “él” en tierra no le gustaba.

Prefirió esconderse entre la arboleda, y desde allí crispando sus manos alrededor del mango del hacha, vió como una veintena de piratas ingleses, tras atar, de pies y manos a los narcotizados, los arrastraban a la playa donde los dejaban.

“Cien Chirlos” quedóse donde estaba, aguardando a que el estridente silbido de “él” le llamase cuando empezara el ataque del que seguramente era prólogo el narcotizamiento.

* * *

Penèlope estaba en la playa, tras dejar en la cocina la bandeja que había llevado llena a los leñadores.

Contempló extrañada como una morena mujer de asombrosa belleza descendía de una lancha.

Karmi se acercó a la inglesa.

—¿Podéis decirme, señora, dónde puedo visitar a miss Mary Dear?

—Yo decir. Acompañar tú a mí. Yo ser criada señoras...

Sin el menor recelo, la zíngara siguió los pasos de la mujer-verdugo. Reconocía que la fealdad de aquella mujerona era imponente... Pero también era horrendo el semblante de “Cien Chirlos”, y sin embargo, era un escarnio de la naturaleza, porque si bien “Cien Chirlos” era de una ferocidad inhumana en la lucha, tenía un corazón de oro... sin él mismo saberlo.

—¿No es aquella la casa?—preguntó al ver que dejaban atrás la mansión.

—Ser. Pero tú venir otro lugar—y sin más, Penèlope rodeó con sus brazos carnosos y fuertes el talle y los brazos de la zíngara, levantándola.

—No gritar inútil. Tu hombre estar preso y morir pronto.

Karmi, que se disponía a lanzar un grito de alarma, quedó sin voz y sin fuerza ante la brutal noticia... Y ni se dió cuenta del empujón con el que Penélope la arrojaba al interior de un compartimento enrejado del caserón.

Sucesivamente, Penèlope recibió dos órdenes. La primera de Ana Honey; la segunda de Mary Dear. La segunda orden tuvo que hacérsela repetir, y Mary Dear lo hizo con imperiosa impaciencia:

—Tú misma vas a llevar a Karmi al velero, y ahí la dejas.

—Bien—acató Penélope en el colmo del asombro.

* * *

"Cien Chirlos" empezaba a cansarse de esperar cuando de pronto divisó la figura corpulenta de Penélope, dirigirse hacia el trecho de playa que desde su escondite podía observar. Con estupor indecible vió como la matrona llevaba en brazos a la inanimada Karmi, cuyos brazos y piernas pendían desmedradamente.

Con salvaje frenesí abalanzóse hacia delante "Cien Chirlos". Corría como un búfalo desmandado...

Penélope estaba avezada a todo género de visiones sangrientas, y a los rostros retorcidos por los sufrimientos que ella misma con delectación aplicaba, pero la aparición repentina de "Cien Chirlos" le infundió un pánico agudo.

—¡Llevar española bordo! ¡Ordenar Mary! ¡Ella estar dormida como compañeros tuyos!

—No rebuznes tan alto, "asna". Entrégame a la señora.



—No supe..., no supe evitarlo... Perdón, señor.

Cogió “Cien Chirlos” con cuidado el cuerpo de Karmi, y propinó un fuerte puntapié a la inglesa, que cayó sentada.

—¡Aparta, ballena! Yo mismo llevaré a bordo a la señora… ¿Por qué la adormecisteis, brujas del demonio que sois todas juntas?

Corrió a toda velocidad de sus piernas y saltó más que entró en la lancha. Remando vigorosamente, llegó al costado del “Redención”, donde, tras subir por la escala sosteniendo respetuosamente a la exánime Karmi fué a tenderla en el lecho del camarote capitana.

Una mano le tiró de las calzas. Miró hacia el suelo donde arrodillado, Carlos de Ferblanc y Heredia alisaba un rostro sonriente.

—¡Señor! — reprendió el lugarteniente respetuosamente—. No debís estar aquí sino en tu… tu camastro. ¡Bueno! Ahora recuerdo que no me entiende porque no habla. ¡Ven, señor!

Agachóse y como si sostuviera una reliquia, llevó al berreante chiquillo a su cuna en el camarote vecino.

—Haz el favor de callar, señor, que tu madre duerme. Pues sí que me entiende; se ha callado…

Regresó el camarote donde en el lecho yacía Karmi. No sabía que hacer. Por una parte “él” estaba en tierra; pero por otra, debía velar por la vida de Karmi…

De pronto, una horrible sospecha cruzó por su mente. Inclinóse apresuradamente y aplicó su oído en el seno izquierdo de la zíngara…

Con impresionante lentitud, después de haber estado escuchando inútilmente un latido por débil que fuera, se irguió empavorecido el rostro por un sentimiento confuso de atroz dolor y remordimiento…

Crujieron los tendones de sus hombros musculosos cuando con bestial salvajismo se pegó dos sonoros puñetazos en el pecho que resonaron sordamente en la silenciosa cámara…

—Señor… señor…—balbuceó en sollozo entrecortado el pirata que nunca había llorado—. No supe… no supe evitarlo… Perdón…

Y más que una invocación al Pirata Negro, semejaba la plegaria fúnebre de un alma infantil acongojada…

CAPITULO X

La última locura de Diego Lucientes

Penélope apareció resoplando bajo el reciente influjo de su pánico y miró a los cuatro personajes reunidos en la sala.

—¿Cumpliste lo que te ordené, Penélope?—preguntó Mary Dear.

—Lo cumplí, Mary. Pero cuando llevaba yo hacia la orilla a la española, el hombre del rostro lleno de cicatrices me la arrebató, y, pegándome, se la llevó remando hasta el velero.

—Te ha evitado el viaje a ti.—dijo como consuelo Mary Dear—Puedes irte—añadió secamente. Y al salir la mujer-verdugo, la voz de Mary Dear cambió de tonalidad, haciéndose casi suplicante al decir: —He cumplido, Pirata Negro. No te he engañado y tu mujer está a bordo. Libre quedas de irte o de quedarte conmigo.

—Pienso, además de despedirme de ella...

—¿Qué falta hace?—intervino Ana Honey—. Si quieres quedarte con Mary, no necesitas despedirte de Karmi.

—Atiende, Ana. No me dolería a mí nada el guantazo que te daría a ti, si continúas metiéndote en asuntos ajenos a tu cloqueo. No sólo quiero despedirla, sino llevarla a Boston, donde la dejaré, para regresar aquí, ¡Y cierra el pico, Ana Honey! Por pirata siempre caprichoso fui, y el primer capricho que siempre obtuve es el de que nunca mujer alguna se sintiera dispuesta a darme órdenes.

Mary Dear habló con sumiso acento...

—Escucha mi súplica, Carlos Lezama. Te aguardo—y cambió de tema para exclamar—: ¡No digas nada, Ana! Esta situación no es cosa que sea de tu incumbencia.

El Pirata Negro quiso sacar toda la ventaja posible de la favorable actitud de Mary Dear.

—Vámonos, Diego Lucientes. Tienes que atender al galeón.

Siempre tendrás tiempo de cantarle tu amor a Ana Honey, si, como supongo, has encontrado en ella a la ideal compañera de todo pirata que se precie de tal. Y no le mendigues amores con poesías: háblale de incendios, saqueos y matanzas... Le contarás los pillajes que juntos organizaremos. Ésta es nuestra poesía, ¿no es cierto, amigas?

La risa ronca y brutal del Pirata Negro estremeció placenteramente a Mary Dear, que cerró los ojos. Y aquella carcajada también engañó a Ana Honey, porque también reía así "Brandy John" cuando se embriagaba de sangre en los combates, o de vino en los preparativos de las más desenfrenadas orgías.

Pero ambas mujeres no supieron adivinar que también era la risa alegre y rebosante de vitalidad, henchida de dominante afán de plenitud lograda del hombre dichoso, que, tras una tormentosa inquietud por los dos seres que más amaba, su esposa y su hijo, veía a ambos, gracias a la caprichosa pasión de una mujer pirata, alejados del mortal peligro que había gravitado contra ellos por la captura de Karmi.

Diego Lucientes supo también interpretar el verdadero motivo de la resonante carcajada, y trató de sonreír, pero por vez primera en su vida sentíase avergonzado de lo que tenía que confesar.

—Puedes despreciarme, señor Lezama..., por sentirme encadenado sin cadenas a Ana Honey. Yo no te acompañaré, señor Lezama..., si Ana Honey no quiere venir a bordo de mi galeón.

—Pero, ¿no vendrás luego conmigo a reunirte con ellas?

Aunque sonriera, la voz del Pirata Negro era dura, imperativa.

Diego Lucientes, aun dentro de su insensata atracción pasional hacia la pirata inglesa, no podía argumentar que sabía muy bien que el Pirata Negro nunca volvería a enfrentarse con ambas mujeres.

—Me quedo, señor. Ana Honey, tarde o temprano, tendrá que corresponder a mi cariño... Tolera tú mi última locura. Cuando en tu velero llegues a Boston... y dejes a Karmi en tierra para volver aquí, déjala en compañía también de Gaby. Que la cuide ella...

El Pirata Negro supo comprender que con aquellas palabras manifestaba claramente el pelirrojo su propósito de abandonarse a la crapulosa vida que en compañía de Ana Honey iba a encontrar.

Intentó un último esfuerzo el Pirata Negro.

—Tú debes entregarle tu hija a Karmi. Yo no soy tu lacayo, y de

tu hija se me da un comino.

—Discutís innecesariamente—intervino Ana Honey—. Lucientes quiere quedarse conmigo, y tú vas a volver junto a Mary. Que Karmi se quede, pues, con los dos crios. Yo prefiero el galeón.

Carlos Lezama sintióse presa de amarga y sorda cólera ante la actitud pasiva y humillante de Diego Lucientes, que no osaba mirarle.

Iba a tomar una resolución violenta... cuando recordó que Karmi y su hijo eran los frenos a su temeraria intrepidez...

Escupió a los pies de Diego Lucientes.

—Así hago cuando veo un hombre que es un perrillo faldero.

Y, sin añadir palabra, salió de la sala.

—¿Estás cierto que volverá, Mary? —preguntó Ana Honey,

—Hará lo que considere mejor. Yo le espero.

Diego Lucientes, con sobrehumano esfuerzo, recuperó su habitual desparpajo.

—¿Puedo esperar que sucumbas pronto al encanto de mi galeón, Ana? Pese a todo, te amo.

—¿Qué quieres decir con tu "pese a todo”?

—¿No le oíste llamarme perrillo faldero? Y es porque buscando en ti satisfacer mi impulso romántico, acepto con humillante pasividad recoger las migajas de tus desaires. Pero ya cambiarás. El amor es irrazonable. Lo ves en mí... y lo ves en Mary Dear. ¿No es cierto, Mary?

La interpelada irguió la cabeza con altivez.

—Será el amor irrazonable, pero hay una razón que impide amar. Yo nunca amaría a un hombre que, como tú, suplica y mendiga. Es actitud tan despreciable como la de una mujerzuela...

—Pero es una mujerzuela que posee un galeón—sonrió Ana Honey.

—Dejando en el agua al galeón, estamos aquí, entonces, tres mujerzuelas, ¿no es así, Mary Dear?

—¡Cuidado con tus palabras! Nunca vendí mis besos, y si amor he suplicado a tu jefe, para eso soy mujer. Pero para ti siempre tengo mi espada dispuesta a demostrarte que en duelos nada tengo de mujer.

—Paz entre los dos—intervino Ana Honey—. No te enojes con mi pelirrojo. ¿No ves que es mi esclavo? Diselo, señor español Diego

Lucientes. Dile a ella que eres mi esclavo.

El madrileño crispó su único puño... Dominándose, lo apoyó en su corazón.

—El único esclavo es aquel que lo es de sus pasiones. Por tanto, yo soy tu esclavo, ya que tú eres mi pasión, tanto más fuerte cuanto más desdén ostentes. ¿No habéis visto nunca en los mares del Norte los témpanos de hielo? Se funden... Cuando te fundas, Ana Honey, quizá entonces yo seré quien de ti me ría, porque de la mujerzuela tengo el ser casquivano y voluble. No rías, Ana Honey... Tarde o "temprano, yo y mi galeón conseguiremos vencer tu frialdad.

* * *

Carlos Lezama se dirigió a la orilla. Iba maldiciendo de la “última locura de Diego Lucientes”. Reconocía que Ana Honey, con su mezcla de frialdad y dureza, contrastando con su angelical aspecto, era una fuerte tentación... Pero siempre había despreciado al que soportara en la mujer la burla, y más por tratarse de una mujer como Ana Honey.

Pensaba que si hubiera estado en juego y de por medio la existencia de dos seres inocentes, habría recurrido al disimulo o, provocando el combate, habría intentado arrancar al madrileño de su torpe pasión que la había hasta el punto de abandonar a su hija..., pues bien sabía que Diego Lucientes, hasta que no se le pasara aquel arrebato, no había de abandonar la proximidad de Ana Honey...

Sonrió pensando en Karmi, sosteniendo junto a Carlos de Ferblanc y Heredia la muñeca rubia Gabrielle Lucientes de Civry...

Detúvose de pronto ante los cuerpos exánimes de “Piernas Largas” y los diez leñadores. Asestó distintos puntapiés sin obtener resultado.

—Fuerte ha sido el narcótico, bribones. Os servirá de lección para que no toméis nunca bebida en casa ajena.

Llamó a los tripulantes del “Redención” que le aguardaban en una lancha junto a la orilla.

—Recogedme esa basura de prisa.

Ayudó él mismo, arrastrando de dos en dos por los pies a cuatro de los narcotizados.

Al atracar la cargada lancha al costado del “Redención”, ordenó que llevasen al andaluz y a los cinco tripulantes del “Gaby” al

galeón.

—Y recoged a la niña. Viene a mi camarote.

Subió ágilmente y con alegría la escalera de cuerda, casi con la misma impaciencia juvenil que en sus aventuras amorosas le hacía trepar por las escalas quedas bellas le tendían..,-

Al saltar en cubierta le extrañó no ver a “Cien Chirlos” esperándole, pese a que los dos remeros habíanle informado del regreso del lugarteniente en compañía de la señora Karmi...

Cuándo entró en su camarote, un espectáculo macabro ofrecióse a 1a vista del Pirata Negro...

De la viga central del techo colgaba ahorcado “Cien Chirlos”. La posición del nudo corredizo indicaba que él mismo se había ahorcado...

Respiraba aún agónicamente... Con rápida cuchillada cortó el Pirata Negro la soga de la que pendía su lugarteniente, que cayó pesadamente, inerte. sobre el suelo de madera.

Carlos Lezama aproximóse al lecho donde yacía la zíngara, más bella que nunca en la quieta postura de una mujer dormirla apaciblemente...

—¿También a ti te narcotizaron, Karmi?—susurró Lezama—. ¿Por qué fuiste en mi busca? Pudiste...

Quedóse de pronto sin habla, reseca la garganta... Las venas de se frente se hincharon y espasmódicamente respiró, contemplando atónito a la mujer que parecía dormir... Desvió la vista, mirando el cabo de soga recién cortado pendiente del techo.

¿Por qué se había ahorcado “Cien Chirlos”?... La atroz sospecha invadió como un deslumbrador relámpago su cerebro. Oía la frase de “Cien Chirlos”: “No quiero que me ahorques, señor...”.

Carlos Lezama cayó de rodillas junto al lecho... Su mano vaciló, temiendo saber, temiendo comprobar que era cierto lo que pensaba...

Ensimismado rodeó con sus dedos la colgante mano marfileña, ahora fría y sin vida. Apoyó la frente, que ardorosa parecía iba a estallarle, sobre el corazón de su esposa, en el que todo latido había cesado.

No oyó el lento rebullir de un cuerpo que, arrastrándose por el suelo, vino a colocar junto a sus rodillas su rostro aun violáceo por la asfixia que enrojecía los ojos y amorataba los surcos de cicatrices.

—Yo estaba en tierra, señor. Ella...

—Tú no tienes culpa — murmuró cansinamente el Pirata Negro, mientras su diestra, en áspera caricia, enmarañaba los hirsutos cabellos de su lugarteniente, su perro fiel—. No tienes culpa..., pero no hables ahora.

Con impetuoso impulso púsose en pie, con los puños cerrados.

—¡De Quelch no quedará ni huella! ¡Ordena zafarrancho de combate, guapetón! Quiero que la música que acompañe la muerte de mi amor y el entierro de Karmi en el mar sea el fuego del cañón...

Una sucesión de pequeños alaridos Interrumpió al Pirata Negro. Su arrebato de cólera amenguó...

—Aguarda, "Cien Chirlos". ¿Oyes al recental? Grita impaciente... Quizá porque sabe que se ha quedado sin madre... Pero también me avisa que no puedo hacer hundir mi barco ni morir matando... porque está él... y sin madre se ha quedado...

Con brutal fuerza levantó del suelo a "Cien Chirlos", manteniéndolo abrazado. El rostro del pirata estaba cubierto de llanto, y era horrible aquella carátula de un hombre que nunca había llorado, y ahora aparecía retorcida en hondo dolor.

—¡No llores, guapetón! Yo dejé de llorar el día en que... ella murió. Ella..., la que es la más sagrada de las mujeres, porque sólo existe una madre. En mi pecho hay ahora mucho frío y mucho fuego. Frío, porque de nuevo he perdido un cariño puro... Fuego, porque ¡Quelch volverá a ser una zona desértica y requemada!

Separó al lugarteniente, y fué a coger una mano de Karmi.

—Entre las tuyas que repose la otra mano de mi esposa, guapetón. Tú eres mi único amigo ya... Y juntos juramos que Karmi será vengada.

—¡Juro! Y si las inglesas por mujeres te detienen... ¡yo mismo las; ahorcaré una a una!

—También mi Karmi era mujer... y me la han matado. Si hasta hoy fui caballeroso... en Quelch está la tumba de mi caballerosidad —y con voz lenta, metódicamente, el Pirata Negro fué exponiendo su plan de venganza—: Ahora levaremos anclas, y con las velas reparadas nos bastará para llegarnos lejos de la vista de Quelch... Podríamos ahora entablar combate, pero tenemos las de perder, por la deserción de Diego Lucientes en parte... Zarparemos, y esta noche

¡sólo quiero una cosa! Todos han de morir…, pero vivas quiero a las tres piratas inglesas…

Karmi, escoltada en su último sueño por las dos figuras de los dos piratas, semejaba escuchar las palabras roncas con las que Carlos Lezama, manteniendo apretadamente su diestra entre sus manos, iba detallando su venganza…

Al terminar de hablar, volvió a arrodillarse y ocultó el rostro en el pecho de la zíngara muerta.

“Cien Chirlos” se arrodilló y, con unción mística que nunca había resentido, besó la frente de Karmi…

Salió tambaleándose… Pero en cubierta fué el mismo de siempre, quien a voces destempladas ordenó la maniobra de zarpar…

* * *

Diego Lucientes miró inquieto hacia Mary Dear… Desde la ventana de la sala veíase las remendadas velas del “Redención” abriéndose como las alas de un águila que se dispone a levantar el vuelo… Y zarpaba lentamente…

Ana Honey calmó su temor de que tratasen de impedir la fuga del Pirata Negro, al decir:

—Irá a Boston a dejarla a ella y a los dos pedazos de carne. Me refiero a los críos.

—Antes tenías una fineza de lenguaje sorprendente y cautivadora — hizo observar el madrileño.— El que empleaba en las ocasiones en que invitaba a caballeros. Pero entre nosotros, que ya nos conocemos, no caben fingimientos. ¿No sabes que bauticé este lugar “La Tumba de los Caballeros”? En mi sonrisa quedará prendidos once caballeros de Boston que en la playa yo hice enterrar. Sólo los maté ayudada por Penélope cuando hubieron pagado el rescate.

—Cuando el galeón te deje de gustar, ¿seré yo el remate de la docena? No soy caballero…, ya que contigo estoy en plan de igualdad. Pero reconocerás que en mí has hallado lo que os faltaba: un buen barco.

Ana Honey asintió. Hizo ondear su mano delante del rostro del madrileño.

—Has acertado. Me gusta tu galeón. Es bella mi mano, ¿verdad, español? Bésala.

Obedeció Diego Lucientes.
Mary Dear, en silencio, seguía esperando...

CAPÍTULO XI

Venganza

Anochecido, el velero “Redención” ancló varias millas al sur de la cala que por la tarde había abandonado.

Cada hombre llevaba una misión especificada en su menor detallé por el Pirata Negro.

También los tripulantes del galeón, advertidos por un mensajero nadador, sabían con exactitud lo que debían hacer y la hora en que debían romper el fuego.

Y los tripulantes del “Redención” fueron avanzando...

Los barrilitos rellenos de pólvora, hierros retorcidos y cascotes, que sostenían bajo el brazo, crearon de pronto la ilusión de cohetes cuando, surcando el espacio, fueron lanzados simultáneamente contra las cúspides de las lomas y el barracón...

Los horrísonos estallidos de las piezas al reventar coincidieron con la apertura de fuego por andanadas desde las bordas del “Gaby”, mientras la otra mitad de los tripulantes del galeón, al mando del andaluz, lanzábanse a tierra a rematar el ataque...

Sobre el caserón llovían haces de paja inflamadas que prendían nuevos incendios...

“Cien Chirlos” tenía una misión, que realizó con hondo furor placentero. Cuando, alarmada por el brusco ataque, que estalló como un volcán tronando, Penélope salió al exterior de la casa, llevando en su diestra un sable de abordaje y en la zurda una pistola, “Cien Chirlos” saltó sobre la espalda de la atlética mujer, derribándola al suelo.

Sin la menor contemplación, tras desarmarla, prodigó un surtido de puñetazos y puntapiés a la mujer-verdugo, atándola después concienzudamente...

La tormenta de pólvora y el ataque conjunto sólo estallaron cuando el Pirata Negro y cinco de sus hombree rodeaban la casa.

Mary Dear, Ana Honey y Diego Lucientes cenaban y el madrileño libaba copiosamente, cuando brotó el horrísono fragor, sacudiendo los muros de la casa.

Pusiéronse los tres en pie como movidos por un resorte, al rasgar los aires la explosión...

En la puerta del comedor aparecieron Carlos Lezama y tras él cinco hombres que armados de mosquetones encañonaron al trío.

Además del bramido de la pólvora al estallar, y los reventones de las piezas artilleras, y el crepitar del incendio del caserón, lo que acabó de aturdir y sobrecoger el ánimo de Ana Honey y Diego Lucientes fué el inusitado fulgor sombrío de los ojos del Pirata Negro...

Mary Dear volvióse a sentar lenta y serenamente.

El caserón, como monstruosa y ciclópea antorcha, iluminaba de rojas oscilaciones bailoteantes el salón-comedor.

—Regresaste, Pirata Negro — dijo Mary Dear con tranquila entonación: —Pero no comprendo por qué...

Carlos Lezama se iba acercando lentamente a la mujer que hablaba. Con salvaje frialdad la abofeteó seguida y velozmente con reveses de mano.

—¡Señor Lezama!—exclamó Lucientes—. ¡Es impropio de ti...!

Un seco puñetazo alcanzó al madrileño en plena frente, haciéndole caer hacia atrás en el sillón, en el que quedó sentado, privado de raciocinio.

—¡Amarradles a sus sillones!—ordenó sordamente el Pirata Negro.

Él mismo, con dominado frenesí, mantuvo inmóvil a Mary Dear, mientras ésta era atada, al igual que los otros dos...

“Cien Chirlos” apareció llevando a rastras a Penélope...

Diego Lucientes abrió los ojos... Se le figuró visión dantesca lo que ocurría en aquella habitación iluminada por los oscilantes reflejos del incendio...

—¡Carlos Lezama! ¡Has pegado a una mujer! Bien llamado está el lugar con el remoquete de “La Tumba de los Caballeros”.

—Es remoquete que yo mismo le apliqué—contristó Lezama con dureza—. Porque tú eras un bandido como yo..., pero tenías algo de

caballero. Y aquí lo has sepultado.

—También tu caballerosidad yace muerta...

La zurda del Pirata Negro se aplicó de nuevo contra el rostro del madrileño y en revés violento le agrietó los labios... “Yace muerta” habían sido dos palabras imprudentes... Pero el pelirrojo no sabía...

—Nunca pegaste tampoco a un hombre atado...—tartajeó Diego Lucientes—. Estás comportándote como un pirata ordinario...

Carlos Lezama cogió de la barbilla a Mary Dear levantándole la cabeza en recio empujón.

—¡Habla, víbora! ¿Por qué te burlaste de mí? ¿Por qué diste muerte a mi esposa, envenenándola?

Mary Dear contempló fascinada el semblante que, inclinado hacia ella, era la viva imagen de un odio intenso, varonil...

—Yo di orden de libertar a tu esposa...

Carlos Lezama hizo un ademán hacia “Cien Chirlos”, que, arrodillado junto a la atada Penélope, aguardaba impaciente.

Y el alarido de dolor de la mujer-verdugo expresó claramente que la punta del puñal de “Cien Chirlos” había penetrado, hondamente en su carnoso y robusto brazo.

—Habla, mujer—dijo secamente el Pirata Negro—. ¿Quién envenenó a mi esposa?

Para acelerar la confesión administró “Cien Chirlos” otro pinchazo en el brazo indemne.

—¡Yo!—gritó Penélope—. Pero por orden de... Ana Honey. Me ordenó también que no lo dijera a Mary Dear.

—Llévate a esa arpía que ha torturado a cientos de prisioneros y ha dado muerte a Karmi, que nada le hizo ni a nadie ofendió. Mátala como quieras..., pero lejos de mi vista.

“Cien Chirlos” cargóse a hombros el cuerpo de Penélope, que chillaba agudamente, vomitando imprecaciones. Bajo el peso doblaba las rodillas, pero corrió aceleradamente a lo alto de un peñasco, bajo el que en la profunda cala cortaban el agua las aletas de varios tiburones...

Lanzó a la mujer-verdugo con violento impulso, tras quitarle las cuerdas.

Penélope nadó furiosamente... pero no podía aventajar la velocidad de las dos sierras dentadas que se abrieron vorazmente para hincarse en su cuerpo...

“Cien Chirlos” regresó corriendo a la casa. Le necesitaban allí...

Al oírse acusada, quiso Ana Honey denegar con la cabeza, pero su gesto se truncó... Sentía miedo...

Abatida la cabeza sobre el pecho, Diego Lucientes vivía el momento más angustioso de su existencia...

Cuatro tripulantes del “Redención” entraron portando a hombros el lecho del camarote donde yacía Karmi...,

Lo depositaron en el suelo, ante los tres comensales atados a sus sillones.

—¿Qué te hizo ella?—preguntó roncamente el Pirata Negro, y su aliento quemó el rostro de Ana Honey.

—Quería... que, matándola, tú te quedases junto a Mary.

—¡Mientes, bruja! Fuiste a dar la orden de muerte cuando aún no sabías si yo seguía considerando a Mary mi prisionera. ¿Por qué la mataste? Por instinto dél mal... Por envidia de mujer sin alma, contra la que era honrada y tenía un hijo y un marido a quien querer... ¡“Cien Chirlos”! ¡De esta misma viga!

“Cien Chirlos” avanzó con un nudo corredizo... Ana Honey gritó:

—¡No! Te daré cuanto me pidas, Pirata Negro...

“Cien Chirlos” con la mano izquierda tapó la boca de la que gritaba; con la otra rodeó su cuello de cáñamo... Mientras la colgaba de la viga central del comedor, las imprecaciones de Ana Honey nada tenían de humanas; sonaban a voces del Averno...

Quedó ahorcada, balanceándose de manera acompasada, en competencia macabra con el cabrilleo de las llamas del caserón que enrojecían los contornos.



Penélope nadó furiosamente, pero no pudo evitar...

Diego Lucientes, lívido y sudoroso, contempló la mano del Pirata Negro que, delante de él, le apuntaba al rostro.

—La mujer por la que abandonaste a tu hija es la que ha dado muerte a mi esposa, Diego Lucientes. La mujer por la que abyectamente preferiste ser humillado... es la hiena que sabías tenía

muertes de seres inocentes en su conciencia. Esta mujer ahorcada es símbolo de tu abyección... he decidido tu castigo, Diego Lucientes, y lo he meditado sin la menor vacilación, porque ya de ti ni tu odio quiero. ¡Chiclanero!

"Piernas Largas" aproximóse al sillón donde estaba atado su antiguo jefe. Diego Lucientes habló con altanería:

—No puedo odiarte, Pirata Negro porque sé que te extravía el justo dolor de la muerte de Karmi.

—¡No puede citar el nombre de mi esposa... un cobarde como tú!

—Piensa en lo que dices. No fué cobardía... La prueba es que no pienso ni quiero suplicarte... Pero así como yo ignoraba que fué... esta mujer quien mató a Karmi, también nunca pensé que mi última locura quebrantara para siempre nuestra amistad. Porque si perdonarte puedo el que me hayas cruzado a cara, no acepto que tú me castigues inspirado por un dolor que yo mismo comparto.

—La virilidad que ahora luces, antes debiste tenerla, madrileño.

—Si abyecto he sido por espacio de unas horas hasta que has mandado ahorcar a Ana Honey, yo mismo sabré darme castigo. Pero tú... ¡no puedes castigarme, ya que delito no cometí!

—¡Inconsciente!...—murmuró el Pirata Negro con fría cólera—. Abandonabas a tu hija... Te sumergías voluntariamente en una vida de depravación... ¡Llévatelo, chiclanero!

—Piénsatelo mejor, Pirata Negro— gritó el madrileño con recia voz—. Si mi delito lo estimas tan horrendo, mátame tú mismo. No me hagas ahorcar por uno de tus hombres. Y si no es muerte lo que contra mí has dictado apuñálame tú mismo, que si yo me he humillado ante una hiena, no me humillaré ante un chacal. No añadas a la injusticia de tu destino fatal el error de un odio entre nosotros dos. Que tu castigo sea de los que sin vida me dejen... porque de lo contrario un día te pediré cuentas cuando frente a frente nos veamos.

—¿No me oíste chiclanero?

Precipitadamente, con ayuda de dos hombres, "Piernas Largas" quitóle a su antiguo jefe la cuerda que lo mantenía contra el sillón, y con igual presteza le inmovilizó el brazo válido contra el cuerpo, asiendo el otro extremo de la cuerda.

El Pirata Negro volvía ostensiblemente las espaldas...

—No me arrastres, chiclanero, que de muy buen grado te sigo.

Al pasar delante del lecho mortuorio dobló Diego Lucientes una rodilla.

—Adiós, Karmi. Has hallado un mundo mejor..., y tú sabes que como un hermano te quería yo...

Cuando se hubo marchado el madrileño, Mary Dear contempló sin temor la llegada de "Cien Chirlos", que con un nudo corredizo en las manos esperó la orden del Pirata Negro.

Pero Carlos Lezama acercóse al sillón y con su puñal cortó las ligaduras que retenían a Mary Dear.

—Vete, inglesa. Y no hables... No quiero oírte. Tuviste un gesto que, sea cual fuere su inspiración, supone que no quisiste ni deseaste la muerte de mi esposa. Vete...

—Tu barco se llama "Redención"... —dijo ella.—. Puedes ofrecerme la redención...

Crispó los puños el Pirata Negro. Tendió la mano hacia el lecho mortuorio.

—Ahí estaba mi redención. Murió... y con ella murió cuanto de noble en mí podía quedar al pensar en mujeres... Vete, inglesa.

Mary Dear salió silenciosamente de la sala.

—Síguela, "Cien Chirlos" — ordenó el Pirata Negro—. Que nadie la toque, y tú mismo la obligarás a que entre en la lancha que a Boston ha de llevarla, si ella quiere..., o donde quiera ir. ¡Pero dile que si vuelve o la veo al salir, colgará del techo junto a Ana Honey!

* * *

Diego Lucientes no pronunció palabra alguna mientras atravesaban la playa y entrando en la lancha se dirigían hacia el galeón, donde, al llegar a cubierta, "Piernas Largas" colocó a su antiguo jefe dando cara al palo central, pasando alrededor de su cuerpo y el mástil una gruesa soga.

—Por orden de mi señor debo azotarte veinte veces, señor Lucientes... Me dijo "él" que no era por traidor ni por malvado. Sino por esclavo de tus pasiones, que te hicieron caer en la peor de las abyecciones.

Diego Lucientes mordióse los labios. Contó despaciosamente al sentir en sus desnudas espaldas el primer latigazo:

—U-no...— y su voz sólo flaqueó en la cuenta del número dieciocho, para crecer de tono al contar el veinte final—. Veinte

surcos sangrientos… cuya humillación no merecí… Hubiese preferido la muerte… Báñalos en sal y vinagre, chiclanero… Gracias. Así, que me escueza… como me escuece el alma… ¿Quieres hacerme una merced?

—Yo, señor Lucientes, cumplo órdenes de quien no debes olvidar es mi jefe—declaró “Piernas Largas”, terminando de frotar los hondos y sangrientos surcos que cruzaban las amplias espaldas del madrileño.

—Nada voy a pedirte contra él… Vuélveme de cara a ti… Sólo hablan sin dar la cara los traidores… Y él mismo reconoce que no lo soy.

“Piernas Largas” forcejeó hasta colocar al madrileño con el rostro hacia él.

—Ahora, chiclanero, con todas tus fuerzas, ¡un latigazo en mi pecho!

—No estás en tus cabales, señor Lucientes. ¡Digo! ¿Cómo voy yo a pegarte? Si contigo no tengo querella. Es más…, yo no te miro mal. Si te he azotado es porque “él” lo dispuso, y bien azotado estás.

—¡Hazlo por lo que más quieras! ¡Por mi hija!

“Piernas Largas” vaciló, agitando el ensangrentado látigo…

—No te comprendo, señor Lucientes…

—¡Pega, Curro Montoya! Es el último favor que te pido, la última locura…

El zurriagazo dado con el ancho del cuero y fuertemente por el brazo hercúleo del andaluz, abrió honda brecha rojiza entre el vello que poblaba el pacho de Diego Lucientes.

Éste, sudoroso, dominando el dolor, miróse la herida.

—Gracias, Curro Montoya.

—Tú estás loco, señor Lucientes… ¡Habráse visto! Nunca a hombre le oí pedir castigo suplementario. También reconozco que nunca a hombre vi aguantar como tú.

—No has comprendido, Curro Montoya. En las espaldas quizá los hubiese olvidado al no verlos… Éste… ¡éste no me hará olvidar!

“Piernas Largas” iba a marcharse, cuando el madrileño se preguntó secamente:

—¿Qué festejo sigue ahora?

—Ya sabrás desatarte, y te quedas solo a bordo del galeón.

Nuestro jefe te lo regala...

—Gentil donativo, pero no lo quiero, porque latigazos sí los puedo devolver, pero no galeones. ¿Y qué más sigue?

—No lo sé—vaciló el andaluz.

—¿Y... mi hija?

—Me molesta, a mí que nada me molesta, tenerte que repetir lo que "él" ha dicho que te contestara si me preguntabas por tu hija. Ha dicho que "él" no quiere que algún día puedas darle una madre a Gaby como lo hubiera sido Ana Honey. Y que por eso, para evitarle ese fin a tu inocente niña, él la educará junto con su hijo. Adiós, señor Diego Lucientes.

Un salobre velo impidió al hombre amarrado al mástil del galeón ver como el andaluz lo abandonaba. Se alejaban los acompasados chirridos de los remos, cuando, alzando la cabeza, rió el madrileño con feroz sarcasmo.

—Tú lo dijiste en varias ocasiones, Pirata Negro. De los dos sobra uno en la tierra... Te lo recordaré cuando nos veamos frente a frente.

* * *

Desde la cubierta, del velero, "Cien Chirlos" y "Piernas Largas" vieron alejarse la silueta del galeón anclado en Quelch, de nuevo una zona desértica y requemada...

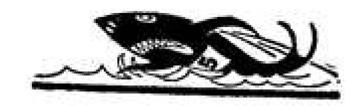
Destacóse una luz en la cubierta del galeón: Diego Lucientes había ya conseguido liberarse de la cuerda, y con una antorcha incendiaba las velas e iba prendiendo fuego al resto del galeón, que pronto fué pasto de grandes llamas...

Desde el castillete de proa Carlos Lezama veía a lo lejos una pancarta hundida verticalmente, clavada en un piquete sobre un hoyo de tierra recién removida.

Él mismo, tras enterrar a Karmi en la playa, había trazado, a punta de puñal, en la madera:

"LA TUMBA DE LOS CABALLEROS"

Y el velero no ostentaba ya la palabra "Redención". Era de nuevo el "Aquilón".



FIN

Notas

[1] Ver *Noches fantasmales*. < <

[2] Ver *Los Mendigos del Mar*. <<

[3] Prohibido. <<

[4] Ver *El rey de los zingaros*. <<

[5] Véase *Rebelión en Martinica*<<

[6] Ver *La carabela de la muerte*< <

[7] Ver *Brazo dé Hierro*. <<